

SATÉLITE ARTIFICIAL

JOHNNY GARLAND

Los tres hombres inclinados sobre la pantalla se miraron entre sí, tensos y anhelantes; Habían estado esperando aquello durante horas. Ya casi desesperaban del éxito. Un éxito que dependía tan sólo de una frase cifrada: «*Feliz viaje de novios*». De esa simple agrupación de palabras, estaban pendientes cientos de personas allá abajo. Pero sobre todo ellos, los tres que se inclinaban hasta casi agobiar al operador de la emisora, con su propia impaciencia.

Tal vez el más tranquilo de todos fuese precisamente el hombre que más arriesgaba en todo aquello, la persona cuyo cerebro había creado y realizado el proyecto más ambicioso y ambicionado por el ser humano, desde Cyrano de Bergerac y Julio Verne a los dibujantes de historietas gráficas y a los científicos del mundo entero.



Johnny Garland

Satélite artificial

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 81

ePub r1.0
LDS 05.06.18

Título original: *Satélite artificial*
Johnny Garland, 1958
Cubierta:
Cha’Bril
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




SATELITE
ARTIFICIAL

CAPÍTULO PRIMERO

INFORME ESTELAR



os tres hombres inclinados sobre la pantalla se miraron entre sí, tensos y anhelantes; Habían estado esperando aquello durante horas. Ya casi desesperaban del éxito. Un éxito que dependía tan sólo de una frase cifrada: «*Feliz viaje de novios*». De esa simple agrupación de palabras, estaban pendientes cientos de personas allá abajo. Pero sobre todo ellos, los tres que se inclinaban hasta casi agobiar al operador de la emisora, con su propia impaciencia.

Tal vez el más tranquilo de todos fuese precisamente el hombre que más arriesgaba en todo aquello, la persona cuyo cerebro había creado y realizado el proyecto más ambicioso y ambicionado por el ser humano, desde Cyrano de Bergerac y Julio Verne a los dibujantes de historietas gráficas y a los científicos del mundo entero.

Hermann von Kruger, el hombre impasible, el eterno flemático que jamás había dudado de su proyecto, pero tampoco había ostentado una confianza ciega, clavaba sus ojos azules y limpios en aquella pantalla circular, surcada de ondas luminosas espaciadas, sin perceptible alteración.

A su lado, el nerviosismo de Ronald Gregory y Martin Brand, resultaba realmente cómico. Su relación con el proyecto y la obra había sido más bien accidental, indirecta por razón de sus respectivas especialidades, y sin embargo, parecían tener su propia vida pendiente de la señal que no llegaba, que se demoraba horas y horas con relación a la fijada de antemano con matemática precisión.

—¿Qué les puede haber ocurrido? —estalló de pronto Brand, pasándose una mano temblorosa por su amplia frente, empapada de sudor.

Von Kruger se encogió de hombros, sin opinar al respecto. Siempre decía que era inútil hacer cábalas, cuando la realidad se ignoraba. Era preferible esperar. Esperar aún más…

Gregory respiró hondo y se apartó del receptor. Él no era un hombre pusilánime, pero hasta unos nervios bien templados se descentran un poco en ocasiones así. A fin de cuentas, él también, dentro de poco…

Era mejor no pensar en eso. Se paró ante el gran ventanal que asomaba sus enormes vidrieras a las planicies de lanzamiento, con sus grandes rampas ascendentes, parecidas a colosales montañas rusas de una feria cualquiera. ¡Una feria! Casi le hizo reír la idea. Sí, la feria mayor imaginada por la Humanidad; el paso vital hacia lo ignoto.

Se veía a cientos de hombres, enfundados en sus «monos» azules o verdes, según fueran del personal técnico o científico, deambular en torno a los dos cuerpos bruñidos y aerodinámicos, que erguían sus puntas agudas, centelleantes, a la luz clara del día. Como ansiando arrancar de tierra, subir, subir… al encuentro de sus hermanos de allá arriba, los que ya habían salido antes con el mismo incierto rumbo.

Ronald pensó en la desagradable particularidad de que él iría pronto en el interior de uno de ellos. El otro, si todo iba bien, se quedaría allí para mucho tiempo. Era uno de reserva, simplemente.

Lo malo era que los hombres carecían de duplicados. El cohete de tres cuerpos se podía substituir. La vida de sus ocupantes, no.

Alzó los ojos, como siguiendo imaginariamente la línea que se prolongara desde las proas de las astronaves o cohetes. Se encontró un firmamento azul, limpio de nubes, con la excepción de algunos blancuzcos jirones perdidos.

Su vista no podía llegar más allá, adonde se ennegrecían los cielos, donde la ausencia de atmósfera convertía el vacío en un oscuro campo de astros. Pero sabía que, si todo iba bien, casi sesenta hombres como él, sesenta semejantes suyos, flotaban ya en los espacios siderales, dando vueltas a la Tierra.

Pensar en eso cuando los hombres de la Tierra lanzaban, rudimentarias esferillas de experimentación, hubiera parecido cosa de locos. Incluso los que creían en la conquista del espacio, albergaban esa secreta duda, ese recelo por lo que va más allá de lo previsto y entra de lleno en el terreno de lo hipotético.

Esto de ahora ya no era hipótesis. Era una realidad asombrosa, de fábula. Y su total logro, su entrada en el terreno de lo cierto y lo accesible, dependía de aquel informe estelar. De aquel mensaje de las estrellas, último de una larga serie de ellos recibidos ya. Roland podía recordarlos todos, casi en la totalidad de su contenido. Aunque no poseía una vasta cultura científica, se había contado con él por su calidad de técnico en fotografía. Y tan fotográfica como su especialidad, era su mente en cuestión de memoria. Evocó algunos de los mensajes recibidos días atrás, con las más halagüeñas novedades:

«Hemos alcanzado la ionosfera a los mil novecientos ochenta y cinco kilómetros previstos por el profesor. Todo bien por ahora. Nuestra velocidad orbital es de veinticinco mil ochocientos cuarenta kilómetros por hora. Punto de aceleración de la gravedad: cero».

Un éxito total había significado para el ilusionado von Kruger el informe que firmaba su más directo colaborador en el fantástico proyecto. Peter Johnson, primer viajero en el cohete de tres cuerpos enviado a los límites del espacio terrestre. Velocidad, órbita y altura, estaban logradas. También el punto «g» previsto por el sabio.

Después, los informes habían llegado continuadamente, a medida que se iban enviando los restantes cohetes hasta formar el número total de nueve. Cada uno de ellos portaba el material

preciso. La reunión de los nueve daría el conjunto de la estación espacial ideada: el «satélite artificial» auténtico, ideal; no una simple maquinaria sujeta a la Tierra en su viaje por los espacios, sino la más maravillosa de las máquinas, tripulada por hombres, habitada por seres humanos que asomaban sus ojos maravillados al vacío.

«Nuestra fuerza centrífuga está equilibrada con la atracción terrestre, tal como informamos anteriormente. Nuestro punto de gravedad "cero" nos permite ir lanzando al exterior el material para construir la estación. Hemos probado con lo de menos importancia y se mantiene flotando junto a nosotros, atraído por nuestra masa. Empezaremos inmediatamente la construcción del satélite».

«Ha llegado el segundo cohete, Sigue la construcción del gran cuerpo circular».

«Rayos cósmicos y ultravioletas no nos afectan por ahora. Continuamos en perfectas condiciones, aunque eso de flotar en el vacío da una extraña sensación. Actuamos ligados a los cohetes, para evitar el distanciamiento fatal de la órbita».

«Ya estamos reunidas las seis primeras naves. El material se traslada y monta sin serios inconvenientes, la negrura es absoluta y los astros no parpadean aquí, como ya era sabido. Los trajes o "monos" especiales y las escafandras funcionan a la perfección».

Así habían seguido todos los demás mensajes, en iguales términos satisfactorios. En algunos de ellos hubo leves destellos de inquietud, como una momentánea avería de la delicada emisora instalada a bordo del primer cohete. Pero, después, reanudada la comunicación con la Tierra, siguieron los mensajes hasta la total terminación de las obras. Sólo faltaba ahora aquel último, definitivo informe de la conclusión del satélite.

—¡Ya está aquí!

Ronald Gregory se volvió, sacudido por algo muy similar a una descarga eléctrica que recorriese su cuerpo. No supo lo que sentía cuando vio asomar en la pantalla redonda las intermitencias del mensaje. Sufrieron serias alteraciones las líneas en zigzag, hasta parecer formar una fantástica escritura. Al mismo tiempo, el pulsador repetía en sonoridades largas o cortas el mismo texto que se reflejaba luminosamente en la pantalla.

—¡El mensaje de Johnson! —musitó von Kruger, sin emoción

aparente en la voz.

Gregory se movió hacia la emisora, cambiando una rápida mirada con Brand. La tensión en el ambiente era extrema. De aquel último informe llegado de arriba, de más allá de toda altura visitada por el hombre en el pasado, dependía el paso final: el lanzamiento del décimo cohete, con los últimos y más sensibles aparatos y material, y el más importante viajero estelar: Hermann von Kruger.

El operador escribía rápidamente el texto. Cuando terminaron las señales, acusó su recepción y tendió a von Kruger el despacho. El sabio lo leyó, en silencio. Luego, fijó los celestes ojos hacia sus dos colaboradores.

—Lo han logrado —dijo sencillamente. El satélite artificial está terminado.

«¡Qué hombre!», pensó Ronald. Estaba logrado y lo decía igual qué podía haber anunciado: «Se ha fracasado». Ni un solo músculo de su rostro, enjuto y grave, se alteraba al hablar.

—¿Entonces…? —musitó Brand.

—Saldremos al amanecer con el último cohete. Preparen sus cosas, señores. La estancia en la estación espacial puede ser más larga de lo que suponemos ahora. Depende de tantas cosas imprevisibles…

Ronald asintió. Muchas eran las cosas que no se podían prever. Sobre todo, el futuro éxito. El satélite gigante, verdadera base del hombre en el cielo, estaba construido. Los tripulantes aguardaban en él su llegada, para concluir la instalación interior.

Y después… a girar, girar siempre, en torno al planeta Tierra, casi dos mil kilómetros sobre él. Pero ¿con peligro, sin él… con vida, sin vida…?

Ahuyentó todas esas ideas. No podía acobardarse ahora, cuando sólo unas pocas horas le separaban del gran salto al vacío. Otros habían seguido ya esa senda ignorada. Él no era un científico ni un héroe, pero subiría sin temor ni vacilaciones, decidido a enfrentarse con la gran aventura…

* * *

«Feliz viaje de novios».

Ese mensaje lacónico, breve y sin aparente sentido, había

significado para todo el personal de la base aeronaval de White Sands, Nuevo Méjico, algo así como el aldabonazo de más allá de nuestros espacios, la llamada de la victoria sobre la gravedad terrestre, la resistencia atmosférica, los peligros del vacío, los rayos ultravioleta y cósmicos y tantos otros serios inconvenientes para la expansión humana en otros espacios.

Pero su sentido era claro para todos aquellos que, humorísticamente, habían bautizado a la estación espacial con el nombre de «Honeymoon». (Luna de Miel), antes de ser lanzada a la ionosfera en piezas sueltas, que los nueve gigantescos cohetes propulsados desde la base experimental habían ido trasladando al nivel de su futura órbita y uniendo allí en una labor arquitectónica sin precedentes.

Ahora, el satélite artificial por excelencia, la verdadera «luna» debida a la mano del hombre, auténtico trampolín para el salto al espacio, fuese la Luna, Marte o Venus su destino, estaba sobre las cabezas de los seres de la Tierra. A dos mil kilómetros de altura, donde el aire no existía, donde la gravedad terrestre era nula. En fin, donde empezaba un mundo hasta entonces ignorado del hombre, la verdadera puerta del Universo.

Ronald Gregory conoció a la doctora Arden precisamente la misma noche, del día en que supieron que el «Honeymoon» estaba dando vueltas a la tierra, ocupado ya por casi sesenta hombres, pioneros del espacio, cuyos mensajes llegaban a la estación terrestre con regularidad absolutamente normal.

Lo último que Ronnie esperaba ver allí —casi había olvidado ya que sus amigos le llamaban Ronnie— era una mujer. Y una mujer como aquélla, sobre todo. Cuando la distinguió por primera vez le hizo recordar los calendarios que colgaban de los muros de la cantina. Y las fotografías que los muchachos de la base, ahítos de soledad, colgaban sobre sus literas, enviándoles besos apasionados por las noches antes de conciliar el sueño.

Acaso Kate Arden, profesora de psicología humana, fuera un poco menos curvilínea, aunque no mucho. Lo demás, desde su rubia cabellera, sus ojos azul-verdes y su roja boca carnosa, hasta las lindas piernas que su falda permitía apreciar en muy escasa proporción, dejando el resto a la pura elucubración de sus admiradores, pasando por la línea sencillamente agresiva y prieta

de su seno, era de primerísimo orden. Demasiado para White Sands y para el mismísimo Nueva York, si paseaba a las seis de la tarde por la calle Cuarenta y Dos.

Sin embargo, algo equilibraba todas esas dotes formidables de aquel femenino ejemplar, dejándolo reducido casi a la nada. Era precisamente su frialdad profesional, su aire severo, distante y autoritario, lo que quitaba a cualquiera la intención sanísima y humana de alabar su belleza cuando le pasaba al lado. Los chicos de la base se limitaron a mirarla, como mira un ánfora repleta de agua fresca el que acaba de cruzar el Sahara con sus cantimploras vacías, y si alguno silbó, se apresuró a continuar la tonada mirando al aire, cuando la helada mirada de Kate Arden se fijó en él por un momento.

Aquella especie de témpano con faldas, requerido por el propio von Kruger para el control psíquico de sus hombres, tan importante en días de tensión o inquietud como los pasados, se tropezó con Ronnie Gregory en el ascensor privado del gran pabellón central, blanco y centelleante bajo la clara luna de aquella noche de primavera.

Era el ascensor reservado a los privilegiados de White Sands, los directos colaboradores del sabio en el «proyecto-luna». Antes de pasar a su cabina de plástico y vidrio, iluminada indirectamente con una fosforescencia azulina, había que entregar en la entrada una tarjeta especial y pasar su célula fotoeléctrica por un control de luz infrarroja. Cada día la frecuencia, e intensidad de ese control variaba. Era un sistema de seguridad ideado por von Kruger. Gregory no comprendía por qué, pero tenía fe en las ideas del profesor.

Ambos se miraron larga y fijamente. Era la primera vez que se encontraron. Ronnie inició una sonrisa, entre sorprendido y admirado. Ni siquiera el hecho de que la corta bata blanca de la visitante luciera el emblema del cuerpo científico de la base le detuvo en su muda admiración. Que dejó de ser muda al comentar:

—Tengo que darle las gracias, señorita.

—¿Por qué? —preguntó parcamente ella, con una voz que era muy agradable de timbre, pero muy fría de tono—. Creo que ni siquiera nos conocemos usted y yo.

—No, y eso es lo penoso. De todos modos, la he visto aunque

algo tarde. Usted me ha hecho recordar que sobre nuestro viejo mundo, al que tanto empeño mostramos en abandonar, aún existe algo que ningún planeta nuevo puede superar: la mujer. Por eso le di gracias.

—Es muy amable —estudió el emblema que Ronnie lucía en su cazadora gris. También era como el suyo—. Pero los del cuerpo técnico o científico deberíamos estar al margen de esas trivialidades. Esto no es Nueva York, señor mío.

—¿De veras? —Ronnie enarcó burlonamente las cejas—. No me había dado cuenta…

Ella le miró, irritada, respiró hondo, y apretando sus gordezuelos labios enmudeció. Fueron inútiles los esfuerzos del joven especialista en fotografía para sacarla de aquel silencio. Momentos después eran introducidos juntos en la oficina personal de von Kruger, en la cúspide del pabellón central, El sabio apareció, procedente de una estancia contigua, y les saludó con su vaga sonrisa de cortesía un poco ausente. Luego, observó su mutua frialdad y procedió a hacer las presentaciones.

—Doctora Arden, éste es mi técnico en fotografía, Ronald Gregory, del Ejército de los Estados Unidos. Ronald, esta señorita es la doctora en Psicología Humana Kate Arden, cedida por el Pentágono para nuestra base de White Sands. No se conocieron anteriormente porque, según mis informes, usted, es hombre de firmes nervios, cerebro ordenado y temperamento a prueba de inquietudes, Ronald. Su expediente le hace acreedor a una capacidad psíquica formidable. Nos será, muy útil en el satélite.

—Gracias, señor-sonrió sin envanecerse Ronald. —Siempre fui bastante tranquilo…

—En cuanto a usted, doctora Arden —continuó von Kruger, dirigiéndose a ella—, he querido verla extraoficialmente para comunicarle que tengo la autorización del Alto Mando para contar con usted en la tripulación de nuestro satélite.

—Pero, profesor… —empezó ella, sorprendida, mostrando algo de humana debilidad.

—Déjeme terminar, por favor —el sabio caminó hacia su mesa, tomando una carpeta azul, de material plástico. Ronald supuso que era la carpeta del informe personal de la doctora—. Su estado de salud es perfecto, su cabeza firme, sus nervios templados y su

dominio de sí misma el que corresponde a una profesora de psicología. Las pruebas efectuadas sobre sus muestras sanguíneas y análisis previos a su entrada en la base dan resultado positivo todas. Puede subir a los espacios con igual riesgo que nosotros mismos. No es que sea de mi gusto contar con una mujer entre sesenta tripulantes. Esto siempre trae dificultades. Pero el hecho de que usted sea precisamente quien ha de controlar a los hombres de la nave y darme a mí su informe de cada uno de ellos le dará una autoridad que puede evitar fricciones. Sin embargo, aún hay más. He querido hacerle notar que es usted físicamente apta para la ascensión. También que sus superiores de Washington le autorizan a ello. Y ahora sólo cuenta un detalle: doctora Arden, ¿quiere usted subir con nosotros o se niega a ello? Dadas las circunstancias especiales de su sexo y posición en esta base, quiero que si nos acompaña al satélite sea por propia voluntad, no forzada militarmente. Sé que tiene novio, que esperaba este momento preciso para desligarse de nuestra base y volver a Albany a casarse. Yo necesito una persona que cuide del estado psíquico de mis hombres. Esa persona es usted, doctora. Por eso le repito: ¿quiere venir o no?

Hubo un silencio que únicamente podía cortar la interesada. Ronnie contuvo la respiración, compadeciendo interiormente el gran dilema de la doctora. Por un lado, su obligación moral y patriótica, e incluso humana, de cooperar al triunfo del hombre en los cielos. Por el otro… Albany, su prometido, la boda, el hogar que toda mujer desea en la vida. No, no era fácil elegir:

Pero ella obró el milagro. Sabe Dios lo que le costaba hablar, pero pareció fácil, cuando respondió con tono firme, grave, resuelto:

—Acepto, profesor. Mi boda puede esperar. El progreso del mundo, no. Todos somos parte de una misma obra y un mismo afán. Sin distinción de políticas, naciones o personalismos. Se está luchando por la expansión de la raza humana, por la conquista de los espacios. Si mi humilde labor puede ayudar en algo al personal de ese gran proyecto suyo, no sólo acepto su petición, sino que en caso de no haber sido consultada, hubiera ofrecido voluntariamente mí escaso saber a mayor gloria de la empresa.

La verdad es que no se podía hablar más bellamente con menos

palabras de las utilizadas por aquella mujer. Ronnie la había admirado como tal. Ahora la admiró como leal colaboradora y como representante de la Humanidad.

En cuanto a von Kruger, la estudió larga y dulcemente, y sólo comentó con parquedad, procurando ocultar una emoción bien sensible:

—Bien hija mía. Quiera Dios que nunca lamente esta decisión. Y que Él la proteja de aquí en adelante, igual que a todos nosotros… —Inclinó la cabeza, tabaleando sobre los informes extendidos sobre la mesa. Cuando alzó el rostro, parecía más sereno—. Eso es todo, doctora Arden, muchas gracias. Saldremos a las cinco y treinta y ocho de la mañana, si todo va bien. Ahora son las ocho y media. Confronten su horario, por favor. Cuando salgamos, se pondrán de nuevo en la misma hora todos los relojes. Usted quédese aquí aún, Ronald. Tenemos que hablar sobre varios problemas…

CAPÍTULO II

EL GRAN SALTO


ran las cinco y treinta. Ocho minutos para la *Hora Cero*.

Los cuatro ocupantes del vehículo se miraron entre sí nerviosamente. Según los informes, sus nervios eran templados y sus cabezas sólidas a toda emoción. Pero aquello no era un viaje corriente. No era como subir a un avión supersónico o a un navío accionado con energía atómica. Era algo más. Mucho más.

Ronnie observaba a sus compañeros, diciéndose si su rostro tendría el mismo color quebrado de todos ellos. Von Kruger no era una excepción. Centelleaban los claros ojos, con la excitación del que ve colmada su mayor aspiración en esta vida. Hasta entonces se había limitado a proyectar, a crear, a lanzar a otros hacia la amplitud sideral. Ahora, él mismo visitaría los límites del espacio terrestre.

Y con él, Ronald Gregory, Kate Arden y Martin Brand, el meteorólogo de la Marina. Cuatro viajeros para el satélite artificial. Cuatro viajeros al vacío, al gran enigma.

Por el gran mirador de la parte superior del cohete, en materia plástica transparente y refractaría al calor que pudiera surgir de la fricción del vehículo con la atmósfera, se distinguía el firmamento estrellado, límpido y azul. Como un fascinante mundo que les esperara, invitador. Hermoso, desconcertante, hermético, pero abierto a la aventura…

Pronto surgiría la luz del nuevo día. Pero aún el brillo de los astros no se había apagado en el palio celestial. Eran claramente visibles Orión, Taurus, Hydra, Cáncer y otras muchas constelaciones remotas, lugares adonde jamás llegaría el hombre, a pesar de su avance en los espacios. Miles de
años-luz
de distancia los separaban de allí.

Brand advirtió la dirección de la mirada de Ronnie y sonrió débilmente.

—Pensando en todo eso, ¿eh, Gregory?

El joven fotógrafo se peinó los rubios cabellos con los dedos y asintió, gruñendo. Colgaba de su hombro la cámara fotográfica. Junto a él, asida al suelo del cohete por unas sólidas bandas de material plástico, iba la caja del mejor material fotográfico del mundo.

—Guarde esa cámara en otro sitio, Ronnie —sonrió von Kruger de pronto—. Cuando perdamos la gravedad, flotará usted, y ella con más motivo, desprendiéndose de su hombro.

Ronnie guardó la cámara en un compartimento del muro. Luego miró su reloj: las cinco y treinta y tres. Cinco minutos ya. Tenían confrontados todos los relojes. Aunque ya no eran los que llevaban en la superficie terrestre, sino un modelo especial creado por von Kruger, refractario a todo magnetismo, carencia de gravedad, clima o medio ambiente. Era más fácil que resistieran los relojes que ellos mismos.

—Prepárense, señores —advirtió von Kruger, sentándose en el cuadro de control de emergencia, a pesar de que el cohete iba dirigido desde tierra por radio—. Faltan pocos instantes para iniciar el salto.

En silencio, obedecieron todos, tendiéndose en las literas especiales, para resistir la tremenda aceleración inicial. Se cruzaron las bandas de seguridad y esperaron sin despegar los labios. Por los miradores de plástico transparente, mucho más sólidos que algunas aleaciones metálicas, la Tierra era visible. Estaban situados a bastante altura sobre el suelo porque el cohete constaba de tres cuerpos o fragmentos independientes, de los cuales dos de ellos se desprenderían en la ascensión, como en casos anteriores, dejando el último cuerpo o piso, libre ya de atracción terrestre, camino de la órbita del satélite. Así había sido hasta entonces, y los resultados obedecían casi estrictamente a los cálculos: en 86 segundos alcanzaban los
40 000
metros de altura, siendo su velocidad de 8469 kilómetros a la hora. El punto de gravedad seria «9» en esos momentos, y la situación supina de los ocupantes del cohete superior evitaría su nocivo efecto sobre el cuerpo humano en gran parte. Entonces frenaban los motores para esperar al desprendimiento del siguiente bloque. Esto ocurría a los 125 segundos, con una altura de 60 a
70 000
metros y una marcha de
23 000
kilómetros largos por hora. La fase final, y con ella la última etapa del tercer piso o cohete, aquél que iba tripulado, se verificaba, según datos casi idénticos de los nueve cohetes anteriores, a más de los cien kilómetros de altura, en un punto de gravedad casi mínimo y fácilmente tolerado, a la asombrosa velocidad de treinta mil kilómetros por segundo.

Esto les hacía vencer la fuerza de atracción terrestre y por inercia seguían hasta casi los 2000 kilómetros de altura, que era el techo decidido por Hermann von Kruger. Pero ya entonces se reducía de nuevo la velocidad a los veintitrés mil a la hora, siendo precisa la nueva puesta en marcha de los motores durante unos escasos segundos, para volver a la velocidad orbital de
25 850
kilómetros.

—Señores, falta un solo minuto —avisó la voz de von Kruger.

El silencio se podía cortar con un buen filo, tal era su densidad

en la pequeña cabina. El sabio accionó una palanca, y su asiento ante los controles se echó atrás, hasta situarle en la posición supina propuesta. Fijó esa posición y esperó. Por un altavoz interior, la voz del jefe de pistas de despegue, advirtió:

—Atención, profesor von Kruger, falta un minuto. Cuando empiece a contar a partir de treinta hasta el punto cero, adopten una total inmovilidad, asegúrense bien y no hablen ni se agiten en sus plazas. ¿Entendido?

—Sí, Forbes —respondió von Kruger, sereno—. Adelante.

Ronnie tragó saliva. Instintivamente miró de soslayo a la doctora Arden, su vecina de litera, asiento o como demonios llamaran a aquello. Aquel «mono» ceñido, amarillo, le sentaba a maravilla. Su busto subía y bajaba rítmicamente, su perfil estaba tan hermoso como en una terraza de Florida, a la luz de la luna, y sonando música de violines como fondo. Lástima que aquel trepidar de motores en tierra no guardara similitud alguna con los instrumentos de cuerda.

—Queridos amigos, que Dios se apiade de nosotros —musitó con tono de humor el fotógrafo, reclinándose sobre la almohada de tejido de «nylon» que le servía de apoyo.

—¡Chist, por favor! —ordenó secamente von Kruger.

Brand y la doctora le miraron como si hubiera asesinado a alguien, y Ronnie pensó en lo raros que estaban todos allí dentro, esperando el gran brinco al espacio.

Hasta entonces, él lo creyó divertido y emocionante. Pero ahora resultaba también terrorífico y hubiera querido animarse con chistes graciosos, si es que era posible recordar siquiera alguno. De pronto, el altavoz silbó, y volvió la seca voz del coronel Forbes, desde su control de tierra:

—Atención. Empiezo a contar, von Kruger… —Una levísima pausa.

Se encendió una luz roja en el techo de la cabina. Otra verde, a su lado, empezó a parpadear intermitentemente, mientras la voz de Forbes desgranaba los segundos:

—Treinta… veintinueve… veintiocho… veintisiete… veintiséis…

Cada uno parecía una eternidad. Ronnie respiró hondo. Un hormigueo extraño recorrió sus brazos, adheridos por las bandas de

seguridad. Le picaba todo y de buena gana se hubiera puesto a gritar. Pero se dijo que eso no resolvía nada, y apretó los labios, sin apartar los ojos de la gran bóveda celeste. El condenado Forbes continuaba:

Veinte… diecinueve, dieciocho… diecisiete… dieciséis…

Apenas un cuarto de minuto. El cohete temblaba, se estremecía, como si también él temblase. Ronnie evocó a Dios en una breve plegaria. También agregó, menos solemne, a flor de labios:

—Hijito, en buena te has metido, Ronnie…

Nadie le escuchó, porque Forbes seguía:

—Diez… nueve… ocho… siete…

Ronnie se aferró a la blandura de su litera. Clavó los dientes en el material y sintió invencibles deseos de apretar los párpados, de no ver nada.

—Seis… cinco… cuatro…

¿Es que no se acababa nunca aquel medio minuto? Nunca había sido tan largo. Su corazón hacía más ruido que un tambor desfilando por la Avenida de Washington.

—Tres… dos… uno… ¡CERO!

¡Cero! Y luego… ¡BUUUUUUMMM! O algo parecido. Una sensación de ser disparado por una catapulta, una oscilación terrible, el estómago se subió a la cabeza, los pies a sus cabellos, la cabeza acaso voló hasta el techo del cohete. Ronnie no supo nada. Sólo que ante ellos el cielo parecía abrirse, absorberles en medio de un silbido terrible, ensordecedor, que cedió de pronto. Algo rojo y centelleante se reflejó dentro de la cabina, como si toda la tierra se encendiera en llamas, y Ronnie no pudo llegar a avergonzarse de sí mismo por el hecho de perder el conocimiento, porque lo perdió, sin tiempo para nada más…

* * *

—Vamos, muchacho. Ya estamos muy lejos de White Sands. Y de otros sitios… Despierte…

Ronnie Gregory abrió los ojos pesadamente, advirtiendo una flaccidez sorprendente en sus miembros. Luego gimió algo y volvió a cerrar sus ojos al ver a von Kruger boca abajo, flotando por la cabina como un tremendo coleóptero capaz de sonreír y hablar.

—¡No! —musitó, realmente invadido por una sensación de náuseas muy acentuada.

El sabio rió, desplazándose en forma rara hacia los controles. Podía caminar por techos y paredes; era evidente. Ronnie recordó donde estaba y dejó de sentir asombro. Era natural que, una vez desligados de la gravedad terrestre, sus cuerpos no pesaran nada, nada en absoluto, y por tanto flotaran en el aire.

—Es elemental, Gregory —dijo Brand, desde su litera—. Si no se crea una gravedad propia ninguno de nosotros puede estar unido al suelo, como en la Tierra.

—¿Entonces, en el satélite…? —murmuró Ronnie, perplejo.

—Allí, la gravedad está creada ya —dijo von Kruger. Un motor a reacción, central, hace mover el anillo en torno al eje, produciendo una fuerza centrífuga que haga adherir los pies de los tripulantes a los muros externos del anillo, convertidos en suelo o pavimento.

—Pero, profesor, eso es lo opuesto, precisamente, a la gravedad —objetó Ronnie.

—Exactamente —sonrió el sabio, que se había situado de nuevo en su litera, adhiriéndose con las bandas de plástico a la misma—. Resulta curioso que la gravedad artificial sea totalmente contraria a la natural. Lo que neutraliza la terrestre, crea otra artificial allí donde no hay ninguna. Desconcertante, ¿verdad, mi querido amigo? Pero elemental también…

Ronnie miró al exterior por las vidrieras de «nylon» refractario. La velocidad podría ser enorme, pero en apariencia, el negrísimo cielo que les rodeaba no se movía lo más mínimo. Esta vez, la doctora. Arden comentó, como adivinando sus ideas:

—Carecemos de punto de referencia para fijar la velocidad. Por tanto, parecemos estar inmóviles en el vacío.

—Ya… —Ronnie tragó saliva. ¿Qué… qué altura y velocidad llevamos…?

Von Kruger miró los controles. Había allí varias esferas graduadas que iban marcando todos los datos de su marcha. Rápidamente informó:

—Mil cien kilómetros de altura. Hemos desprendido ya el segundo bloque de propulsión hace algún tiempo y viajamos a unos veinticuatro mil kilómetros por hora. Dentro de poco será preciso acelerar los motores desde aquí mismo, para producir el salto final,

Creo que en breve veremos en el espacio nuestro satélite…

Ronnie no comentó nada. La ionosfera le parecía asombrosa, a pesar de cuanto sabía. Astros diminutos, apenas visibles desde tierra, y parpadeantes en la noche, eran ahora grandes luminarias que iban de los tonos rojo al azul, sin oscilaciones, como focos colgados de un fabuloso arco luminoso.

Lejanas galaxias, mundos remotos y constelaciones, formaban desconocidos conjuntos de luz en la eterna noche sin color de los espacios siderales, carentes de atmósfera. Y ellos allí dentro, insignificantes en su microscópico objeto, que pretendía orgullosamente llegar adonde no habían llegado los humanos hasta entonces. Como una estrella sin brillo y sin magnitud, en un mar de luz, de brillos y de magnitudes asombrosas.

—Dios mío, es fantástico —dijo Brand, demostrando su propio asombro—. Hace unos años, la gente hubiera considerado esto como una locura o una fantasía literaria. Y ahora… aquí estamos.

—No se puede expresar con más elocuencia —añadió la doctora Kate—. Aquí estamos…

* * *

El altímetro del cuerpo tripulado del cohete fue subiendo su índice por momentos. Cada minuto, cada segundo, hacía oscilar la aguja del indicador, siguiendo la esfera graduada. Mil doscientos kilómetros de altura… mil setecientos, mil ochocientos…

Bruscamente, von Kruger se irguió en su asiento. Acaso sería más fácil decir que irguió su asiento, sin desprenderse de él. Clavó los ojos en el negro que les rodeaba, materialmente cuajado de luces y estelas opalescentes de remotas nebulosas.

—¡Allí, está! —gritó—. ¡Aquél es el «Honeymoon»!

Ronnie no podía creerse sorprendido cuando viera por primera vez el «Honeymoon». Había asistido a su realización, había visto mil veces su maqueta, completa y sin un solo detalle ausente, en el pabellón central de White Sands. Su constructor había tratado de dar, incluso, una mayor sensación de verismo, rodeándola de un ciclorama azul celeste, cuajado de caprichosos astros, mundos y meteoros. La ilusión era perfecta, lo que uno necesitaba para hacerse a la idea de la verdad. Sólo que esto, precisamente esto, era

la verdad.

«Honeymoon» no era demasiado visible desde allí. Von Kruger captó su proximidad por la pantalla radiográfica antes que por sus propios ojos. Una vez señalada la situación del satélite en la pantalla circular, surcada por ondas luminosas, se había limitado a mirar en la dirección prevista.

Y allí estaba en verdad. Recibía la luminosidad de otros astros sobre el anillo de enormes espejos cóncavos, realizados en una durísima aleación metálica, que cubría como un techo curvo el anillo habitado del gran satélite. Este espejo, ideado por von Kruger para condensar los rayos luminosos solares, proporcionando con ello energía y fuerza al interior del artefacto, poseía más brillo aún que la centelleante cubierta tubular del satélite, y que su bruñida esfera central, sujeta al cuerpo anular por un diámetro gigantesco, de casi setenta metros de longitud.

Podía parecer una estrella de cuarta o quinta magnitud, vista desde aquella distancia. Y ninguno de los ocupantes del cohete hubiera sospechado su identidad, a no ser por las fuertes emisiones del cuerpo artificial. Casi en el acto, el altavoz de a bordo empezó a emitir silbidos, estridencias raras, y por fin, una voz clara, que Ronnie identificó acto seguido como la de Dan Rowland, el técnico en radio enviado con la tercera expedición, habló con tono limpio, purísimo, sin interferencias del aire. Sencillamente, porque no había aire.

—¡Aquí «Honeymoon»! ¡Aquí «Honeymoon», llamando al último viajero! Desde nuestra cabina de control os seguimos perfectamente la trayectoria. Vuestra velocidad es, exactamente, de veinticuatro mil ciento doce kilómetros por hora. Accionad los chorros de aire comprimido para adherir el cohete a nuestra «Plaza Central». Llamamos así a la esfera o centro del satélite. Aquí, todos sin novedad. Dentro de unos minutos nos saludaremos personalmente. ¡«Honeymoon» os da la bienvenida, amigos de la Tierra!

Ronnie sacudió su cabeza con presteza. Todo aquello sonaba a cosa irreal, a novela de diez centavos, de ésas en cuya portada figura el dibujante un verdoso y extraño marciano. Pero nadie hubiera dicho que era realidad, que aquel hombre que hablaba por radio no era otro que su antiguo camarada en White Sands, el esquelético y alegre Dan Rowland, con el que había empezado a

construir un alocado proyecto: el de un «robot» capaz de fotografiar claramente objetos situados en el terreno de la luz ultravioleta, o de la infrarroja, con la misma nitidez que los visibles por la retina humana.

Le produjo cierta alegría oír a Dan. Después de todo, no ocurría nada. El anillo de setenta metros de diámetro y diez de tubo circular era una realidad. Allí estaba, a sólo unos minutos de ellos. Se agrandaba por momentos.

Ahora existía una referencia y la fabulosa velocidad del cohete era perceptible… hasta que de repente frenaron los motores y subieron de nuevo por inercia, funcionando únicamente los chorros de aire comprimido.

La escena más alucinante y portentosa de la historia moderna, el momento cumbre de la Humanidad, estaba desarrollándose allí, ante sus ojos. Nadie hablaba, nadie movía un solo músculo de su rostro, con la vista fija en las claraboyas de plástico.

Ronnie requirió su cámara, sin preocuparse de otra cosa que de plasmar aquel instante para la posteridad. Acaso fuera la primera fotografía de la estación espacial que giraba en torno al planeta Tierra a una velocidad constante de veinticinco mil ochocientos cincuenta kilómetros por hora, describiendo su órbita normal.

Eran como un pigmeo bajo las alas centelleantes, cegadoras, de un plateado halcón. El color blanco del gigantesco anillo, con su volumen interno de ocho mil quinientos metros cúbicos, era un coloso milagrosamente colgado del vacío, pendiente de las prodigiosas leyes de la naturaleza en aquel espacio cuajado de astros, sometidos a la relojería increíble de su marcha durante siglos, cientos de siglos y billones de siglos, inmutables, eternos casi.

Sin moverse de su forzada posición, apretó cinco o seis veces el botón de su máquina. Luego, se dedicó a contemplar la constante aproximación de la estación lunar donde iba a residir. La nueva «Luna» de su mundo, el satélite ideal creado por el hombre, para el saltó inminente a los espacios planetarios.

Ronnie guardó la cámara y alargó las manos hacia la escafandra sujeta a su cabecera por unos tornillos. Era de forma oval, en materia plástica sólida, con una visual o abertura recubierta de materia de «nylon», negativa a la diferencia climática que pudiera

empañarla, exactamente ante los ojos de su portador.

En su mono de material a prueba de presiones y de ausencia de gravedad, el cerrado cuello poseía las ranuras para encajar esa escafandra, y así lo hizo Ronnie, con la curiosa lentitud de movimientos que la ausencia de peso prestaba a los ocupantes del cohete.

La doctora Arden, von Kruger y Brand estaban ya dispuestos. Gregory casi llegó tarde, porque nada más cerrar el último tornillo de la escafandra, oyó por los fono-receptores internos de su escafandra, la voz clara del sabio:

—¡Listos para frenar!

Luego, el frenazo. Pero no todo lo que era de prever. Como absorbido por una colosal araña, la mosca insignificante que era su cohete, se adhirió al compartimento en forma de campana que pendía de la esfera central del satélite. Materialmente, era una ventosa voraz, adherida al gigantesco cuerpo bruñido de la rueda flotante.

Las maravillas no habían terminado allí. La compuerta automática del cohete se abrió con lentitud, como accionada por un mecanismo lejano. Pero la mano enguantada de Hermann von Kruger presionaba un botón sobre el cuadro de controles.

Automáticamente, otra puerta se abrió. La del recinto de llegada al satélite. Apareció una cabina circular, de muros cilíndricos y gran tubo central para acceso al cuerpo del «Honeymoon». A Ronnie le hizo gracia ver notar allí dentro a uno de los tripulantes del satélite, enfundado en un amplio «mono» con escafandra similar a la de ellos. No tocaba el suelo, y tan pronto estaba boca abajo como tendido, igual que el «médium» de un fakir.

—Eh, profesor, usted me dijo que aquí había gravedad —gruñó Gregory por su micrófono.

—Sí, pero no en la esfera central, Ronald-respondió el sabio. —Aquí, la gravedad es nula, por carecer de peso todo cuanto haya en ella. A medida que avancen hacia el anillo exterior, que es donde se reside, la estabilidad aumenta progresivamente, hasta ser igual a la nuestra. Jugarretas de la fuerza centrífuga, mi querido amigo…

Ronnie iba entendiendo aquel complejo sistema de vida artificial. Se desasió de sus bandas de seguridad y, flotando como un globo, penetró en la cabina de acceso. Lo hizo detrás de von

Kruger y de Kate Arden. Brand lo hizo tras de él. Se cerró la puerta de entrada.

Ya estaban dentro mismo del «Honeymoon». Viviendo y respirando a dos mil kilómetros de altura.

Dentro de un cuerpo anular fabuloso, obra de un sencillo cerebro humano. El rival de la Luna giraba ya en los espacios. Y él, Ronnie Gregory, estaba en su interior.

Sonrió para sí, dentro de la escafandra, y habló con un tono de buen humor:

—Mi querida doctora Arden, ¿puedo invitarla al cine esta noche?

La doctora no respondió, aunque todos los micrófonos estaban sintonizados en mutua conexión. De ello se encargó von Kruger con una risita burlona:

—Siento que no pueda hacerlo, Ronald, aunque la doctora acepte. No habrá sesión de cinematógrafo hasta dentro de dos días. Es el régimen de a bordo…

Ronnie enmudeció, asombrado. ¡Régimen de a bordo! La palabra sonaba tan absurda como el anuncio de aquella sesión de cine que él sólo mencionara por pura broma. Pero no iba a ser la primera vez que lo oyese mencionar dentro de aquélla rueda estelar.

El «Honeymoon» no se diferenciaba, en este aspecto, de cualquier otro lugar de su mundo. Y von Kruger se había encargado de recordárselo a tiempo.

CAPÍTULO III

EL SATÉLITE



os diez estaban en la sala de mando, mirándose unos a otros con igual atención e interés. Ellos formaban el Estado Mayor del «Honeymoon». Ronnie contó las personalidades reunidas allí.

Hermann von Kruger, creador y director del satélite artificial terrestre, militar y científico en una pieza, puesto que Washington le había nombrado general honorario.

Y después de él Peter Johnson, su ayudante, y jefe de personal en la estación del espacio. Dan Rowland, técnico en radio; Steve Hunter, observador; Martin Brand, meteorólogo; la doctora Kate Arden, psiquíatra de a bordo, o cosa parecida; Percy Scott, jefe de mecánicos; Harry Walker, explorador especializado; Lionel Craig, ingeniero, y, finalmente, él mismo, Ronald Gregory, especialista en fotografía.

Detrás de ellos había muchos oscuros y eficaces colaboradores, pero aquella decena formaba la plana mayor del satélite, los hombres encargados de dirigir y controlar todo el vasto sistema nervioso formado por los restantes cincuenta hombres que, desde las máquinas reactoras, productoras de la fuerza centrífuga que creaba la gravedad a bordo, hasta las cabinas de control de radar, televisión, radio, telefonía, aire acondicionado dentro del «Honeymoon», climatología, protección y defensa, compresión y demás secciones necesarias a la vida interior de aquel mundo artificial, trabajaban en largos turnos agotadores, para cooperar al triunfo de la Ciencia.

Von Kruger les había hecho reunirse en su cabina personal, donde una serie de pantallas mostraban las vistas del espacio que les rodeaba, así como las lejanas imágenes del planeta Tierra, reducido a una esfera cubierta de brumas, difícilmente visible. En otro extremo, de la mesa aparecía cubierta de mapas celestes, esquemas, fotografías y toda clase de material de estudio.

—Señores, he querido tenerles a todos ante mí por unos minutos, para hablarles de lo que hemos hecho y de lo que nos queda aún por hacer —hizo una pausa y miró los nueve rostros tranquilamente alineados ante él; después prosiguió—: No crean que todo lo difícil está conseguido. Sería un error cantar victoria demasiado pronto. En una ocasión, hace de ello algunos años, nuestros científicos y técnicos cometieron ese error. Otro país se les anticipó, haciendo lo que ellos estaban alardeando de poder alcanzar en breve. Ustedes recordarán eso tan bien como yo. Ahora, siguiendo mi proyecto, que al fin obtuvo un juicio favorable y algunos senadores olvidaron sus despectivos juicios, influenciados por las tiras cómicas de nuestros semanarios, para pensar con sensatez. Se aprobó el «Proyecto-Luna». De nosotros depende que llegue a ser realidad, que este satélite gigantesco, habitado y habitable, con propias fuentes de energía, calor, luz y aire, no sea una obra fabulosa destinada a la dudosa admiración de los astros, sino un trampolín, un punto de apoyo para llegar a la Luna. Tampoco ahí nos pararemos, porque el mundo futuro exige conquistas, conocimientos, amplitud de miras. Están Marte, Venus, otros planetas más distantes y, ¿por qué no?, remotos sistemas planetarios y galaxias que consideramos inalcanzables. El

«Honeymoon», como ustedes le bautizaron, y como le denominaremos ya siempre, es el primer paso en todo ese vasto proyecto de la raza humana por extenderse a otros mundos y otros sistemas solares. De nuestros informes a la Tierra dependen muchas cosas. Ahora conoceremos la peligrosidad de los rayos cósmicos y ultravioletas, de las lluvias de meteoros, de los efectos del vacío y las velocidades en el organismo humano. En fin, todo aquello que, transmitido a nuestro mundo, dará la clave para el viaje inminente a la Luna en la próxima «Operación *Pioneer*», y posteriormente al salto ingente a mundos más lejanos. De nosotros, señores, depende el éxito o el fracaso del empeño. La vida o la muerte de unos hermanos en lucha contra los obstáculos universales. Que Dios nos ayude en tal empresa. Pero pongamos nuestro grano de arena en ello, empezando por ser nosotros mismos quienes pongamos alma y vida en la pugna. Les pido el máximo rendimiento, la máxima garantía en los resultados de su labor, y un acatamiento sin rebeldía a la disciplina de nuestro nuevo y reducido mundo. No será un rígido sistema militar, pero tampoco una comunidad, anárquica y libre de hacer cada uno lo que le plazca. Nos regiremos por un horario, unas leyes y unas fórmulas propias. Mi ayudante directo, el señor Johnson, ha sido militar antes que científico. Él les leerá posteriormente las nuevas normas por las que *todos* nos regiremos aquí, en el «Honeymoon», incluso yo mismo. No quiero quitar dulzura a su «Luna de miel», sino evitar un desastre colectivo que abarque a toda la Humanidad, por la sola culpa de sesenta insubordinados. Sé que puedo confiar en ustedes, creo que elegí a los mejores, y seguiré creyéndolo mientras los resultados no me digan lo contrario. Eso es todo, señores. Buenas tardes, y vuelvan a sus tareas. El señor Johnson asignará a cada uno la que, en definitiva, le corresponde.

Fue una perorata larga, en cierto modo. Pero nadie se molestó por la clara y tajante dialéctica del profesor von Kruger. Alguien ha dicho que la disciplina y la labor conjunta bajo un solo mando es la base del éxito, y Ronnie creía ciegamente en esa teoría. Bien está la democracia en ciertos aspectos, pero, cuando se ha de trabajar duramente; vale más un poco de rigidez y mano fuerte. Todo va mejor, en conclusión.

—Habla bien el profesor, ¿eh, doctora? —comentó Gregory al

salir de la cabina de dirección, procurando unirse a la atractiva doctora rubia.

—Piensa bien, que es más práctico que hablar —replicó ella, algo seca.

—Bueno, en definitiva es igual, porque creo que von Kruger es de los que tienen la rara habilidad de saber decir lo que piensan, con un mínimo de palabras y un máximo de elocuencia.

—Contrariamente a usted, ¿verdad? —ironizó ella con evidente agudeza mental.

—Yo no tengo que inventar satélites artificiales ni controlarlos… —rió Ronnie.

—Pero viaja a bordo de uno de ellos, recuérdelo. Hay que ser disciplinado.

—Nadie me ha prohibido que hable con usted, doctora Kate.

—¿Y si se lo prohibiese yo?

—Mando unificado —sentenció Gregory, alzando un dedo en el aire—. No acato sus órdenes.

—Es usted imposible-ella soltó la risa, sin poderlo evitar. Y a Ronnie le gustó mil veces más, riéndose. Casi parecía humana. —Tendré que aceptarle tal como es señor Gregory.

—Hará bien. A fin de cuentas, Albany está muy lejos de nosotros…

—Sólo en estos momentos —dijo fríamente ella, recuperando su compostura.

—Bien, sólo en estos momentos. No trato de hacer la competencia a su prometido de allá.

—Tampoco podría.

—Demonio, le quita, usted a uno toda esperanza —se encogió de hombros—. Pero no ha nacido aún quien haga perder el aliento a Ronald Gregory, doctora.

—Yo sé de alguien que lo ha logrado ya.

—¿Quién?

—El cohete que nos trajo al «Honeymoon» —sonrió burlona Kate Arden.

—No me lo nombre. —Ronnie se estremeció. Después añadió—: Usted gana. Por favor, sea conmigo más benigna que el cohete.

—Lo intentaré. Todo depende de usted —se detuvo ante una puerta de metal gris, en el corredor norte del pasillo anular—. Bien,

señor Gregory, hasta otro rato. Éste es mi gabinete particular y profesional a la vez.

Ronnie miró el rótulo de blancas letras, sobre el metal: «DOCTORA ARDEN. PSICOLOGÍA».

—Procuraré visitarla… particularmente. —Dijo, con un gesto torcido.

—Yo creo, en cambio, que profesionalmente me necesita más —rió ella, desapareciendo en su interior, y cerrando tras de sí.

* * *

Habían transcurrido exactamente doce horas de su llegada al satélite «Honeymoon». Ronnie compartía su alojamiento con Dan Rowland, el técnico en radio y radar, en una cabina que era, a la vez, cuarto de trabajo para ambos. Un cubículo, aislado de la luz externa, serviría para los revelados fotográficos de Gregory. Un completo cuadro de radio y control de radar, en otro ángulo de la estancia, se destinaba a la labor de Dan Rowland, aparte su cuadro radial de la estación del espacio.

—Bueno, ya he anotado mis primeras impresiones —dijo Ronnie, cerrando su agenda después de llenar dos páginas con apretada taquigrafía—. ¿Satisfecho de todo, Rowland?

—Casi de todo, Gregory —asintió el radio-especialista, rascándose sus cabellos negros.

—¿Casi? ¿Qué es lo que va mal aquí dentro? —se sorprendió Ronnie.

—Oh, nada por ahora. Pero yo me pregunto si esto será útil para llegar a la Luna. Somos algo así como sesenta conejillos de indias, encerrados en una jaula dorada, y sometidos al bombardeo implacable de los meteoritos, los rayos cósmicos y la luz ultravioleta. ¿Qué será de nosotros, antes de que el proyectil «pioneer», la primera aeronave con destino a la Luna, pase sobre nuestra superficie y siga hacia el satélite natural de la Tierra? ¿Podremos soportarlo?

—Von Kruger cree que sí. Y hasta ahora la realidad confirma sus teorías.

—Que no son aún más que teorías. Yo sé, Ronnie, que el más pequeño aerolito del espacio, a las velocidades que aquí desarrollan

los cuerpos errantes, sin freno atmosférico alguno, pueden perforar una sólida capa del más duro metal, como si fuera papel. Esto es una aleación de materias plásticas y metales extraños, cuya dureza y solidez han dado resultado positivo. Y aun así, no estoy seguro, tengo un mal presentimiento. Estos mundos son desconocidos por nosotros. Hemos ido más allá de todo lo previsto. El peligro puede estar en cualquier parte, Ronnie. Dentro de esta misma nave, dentro de nosotros mismos…

Ronnie pensó mucho en ese temor inconcreto de Rowland en días siguientes. El radiotécnico no era hombre imaginativo. Y había dicho: «El peligro puede estar en cualquier parte». ¿Dónde? Ésa era la incógnita. No parecía haber peligros inminentes, pero eso nadie podía preverlo, ni siquiera von Kruger.

El joven fotógrafo se dedicó aquellos días a captar fotografías increíbles de astros, nebulosas y galaxias lejanas. Todo el mundo astral se ofrecía en perspectiva asombrosa detrás de las pantallas de la cabina de observación. Entre esas pantallas, que recogían imágenes ampliadas por los telescopios gigantescos de a bordo, había ventanales para confrontar la visión ampliada con la simplemente normal del ojo humano. Y tan asombrosa era una como otra.

Por otro lado, la Tierra misma era campo de observación ideal para ellos; e inédito para todo ser humano que no viajara en aquel prodigio llamado «Honeymoon». La curva remota del viejo planeta, su capa gaseosa, el azul verdoso de la superficie, plagada de manchas oscuras, sólo identificables como los continentes familiares al ser humano, gracias al segundo juego de telescopios del satélite, todo era como ajeno a ellos. Igual que otro mundo extraño y sin explorar, sometido a su observación. La Luna misma, suspendida en el negro espacio cuajado de astros y manchas luminosas, parecía mayor.

El paisaje lunar, visto por las lentes de los telescopios, con sus miles y miles de aumentos, era desde allí claramente visible. Blancos picachos, llanuras lisas y muertas, plagadas de redondos cráteres, como ojos vacíos, los mares «secos», extendidos preferentemente hacia la zona derecha del astro, todo ello con igual monotonía carente de vida y color, rocoso y árido. Así era el satélite de la Tierra, visto dos mil kilómetros más cerca, y con la potencia

de las lentes de 56 pulgadas.

Ronnie suspiró, cerrando el objetivo de su cámara especial. Steve Hunter, situado en el centro de un revuelto océano de mapas celestes, comprobaciones y hojas de celofán graduadas, que superponía en los hemisferios astrales, le sonrió fatigadamente desde su mesa de trabajo.

—Todo asombra un poco ¿eh, Ronnie? —comentó.

—Casi asusta —respondió Gregory, admirando la triple visión: cielo, Luna y Tierra—. Una vez leí algo parecido en una «science-fiction» y me divertí bastante. Estaba lejos de imaginar que yo estaría en circunstancias iguales.

—Creo que eso es lo que, en el fondo, pensamos todos. Todos menos von Kruger, claro, Él siempre confió en el éxito de su proyecto. ¡Qué hombre ese von Kruger, Ronnie!

El joven asintió, saliendo de la cabina. El corredor anular que daba la vuelta completa al satélite, le condujo por entre el bosque de tubos, cables, redes metálicas, escalerillas en espiral, respiraderos con rendijas en material plástico gris, y una luz dorada, suave, producto de la refracción de la claridad solar en el espejo cóncavo que formaba el techo del gran anillo.

Tras los muros transparentes de «nylon» reforzado, se distinguían las piscinas rectangulares, de unos veinte metros cuadrados de superficie cada una, plagadas de algas generadoras de aire siempre que fueran iluminadas por la luz solar que reflejaban los espejos metálicos con gran intensidad. El oxígeno emitido por aquellas algas artificialmente plantadas en aquellas «piscinas», impediría un fácil agotamiento de los 20 000 kilogramos de aire contenidos en la nave: Era otra de las grandes ideas de von Kruger.

Ronnie alcanzó su cabina. Rowland no estaba; aquel día tenían trabajo en la central de radio-radar, a causa de una presentida lluvia de meteoritos, peligrosamente cercana a la estación espacial.

El joven abrió su caja de material, extrayendo un envoltorio en material plástico, herméticamente cerrado con bandas metálicas. Abrió la diminuta cerradura de la banda central metálica, y luego desenvolvió el fardo. De su interior, salió el objeto que Ronnie tenía en mayor aprecio: la obra más minuciosa y delicada que podía

intentar un técnico en fotografía. Pero eso, aparte de él mismo, nadie podía imaginarlo.

Porque el objeto que Ronnie tomó entre sus manos, casi con devoción fue un cilindro de metal, plateado, de unos cincuenta centímetros de altura. Se sostenía en pie sobre un trio de esferas movibles, y tenía tres ojos o redondeles con cristal de diferente color, en su parte superior, dándole un curioso parecido con un rostro. Los cristales circulares laterales, en forma de ojos, tenían color azul y rojo respectivamente. El central un poco más bajo, era totalmente negro.

Aquella especie de «robot» de reducidas dimensiones parecía carente de todo objeto, pero Ronnie confiaba en que llegara a alcanzar el propuesto. El resto de la tarde lo dedicó a revelar fotografías y films captados en la cabina de observación, alternándolo con una minuciosa y paciente labor en el interior de aquel cilindro metálico sin aparente razón de ser ni utilidad práctica.

Cuando consideró terminada su labor por aquel día, Ronnie volvió el objeto a su sitio, y llevó las fotografías reveladas a la oficina superior de von Kruger.

De momento, todo parecía normal dentro del gran anillo estelar lanzado por los hombres a las regiones siderales. Los mensajes cifrados, con destino a la Tierra, de la que las respuestas llegaban muy débilmente, iban partiendo con satisfactorios informes sobre la marcha del organismo humano y mecánico en las alturas.

En el gran cuadro clínico de la sala central norte del anillo, donde se habían instalado también los comedores del personal de a bordo, las luces verdes señalaban gráficamente:

EFECTO DE RAYOS CÓSMICOS SOBRE TRIPULACIÓN Y NAVE = Cero.

EFECTOS DE RAYOS ULTRAVIOLETAS = Cero.

METEORITOS, BÓLIDOS, ETC. = Cero.

Sí, todo era normal y nada alarmante. Ni Ronnie podía imaginar que los desastres se iniciarían poco después, exactamente cuando la tripulación del «Honeymoon» iniciara otro día que se presentaba, en

apariencia, igual a los demás.

CAPÍTULO IV

SUCESOS MISTERIOSOS



onnie se despertó tarde aquel día. Dan Rowland ya no estaba en la cabina cuando se incorporó, sentándose en el borde de su litera. Había soñado que estaban de regreso en la Tierra, ya que la doctora Arden rompía sus relaciones con el hombre de Albany, para aceptar una cena con él en la terraza del Waldorf. El cielo estaba lleno de satélites de todas formas y tamaños, pero ellos no hacían caso a nada que no fueran las estrellas y la Luna, hermosas y soñadoras, a pesar de que los humanos se empeñaban en mecanizar la belleza poética de los cielos.

Kate Arden ya no era una fría profesora de psicología, sino una adorable mujercita vestida con un traje de noche azul, cuajado de estrellas de pedrería —¿por qué así precisamente?— que se rendía entre sus brazos y le ofrecía la frescura jugosa de sus labios

entreabiertos.

Pero lo malo de los sueños era precisamente eso; que fueran únicamente sueños. De repente, se despertó, cuando aún no había rozado los labios de la rubia muchacha. La terraza del Waldorf, el vestido azul, la blonda melena y todo lo demás, pasó a evaporarse en el mundo de lo irreal. Y Ronnie se encontró cercado de tubos cromados, paneles de «nylon» metalizado, planosferas celestes y demás lindezas.

Suspiró hondo, tratando de hacerse a la nada poética idea de que aquello era un satélite artificial con un régimen interior militarizado, unas miras puramente científicas que excluían a las estrellas como miembros de un mundo de poesía y romanticismo, y que la hermosa del Waldorf seguía siendo la psiquíatra Kate Arden, prometida a un tipo de Albany.

De repente, sonó la sirena. Era la señal de congregación general.

Ronnie Gregory se puso en pie de un brinco, porque aquel aullido metálico y endemoniado parecía salir de sus pies, del techo, de las paredes y de su propio cerebro, sacudiéndole de lado a lado. Era la primera vez que oía la sirena, pero sabía que únicamente funcionaba en casos de emergencia, cuando la gravedad de la situación justificase su empleo.

Tomó su pantalón y la cazadora clásica que eran las prendas de más rápida adaptación, y corrió al pasillo. Allí se encontró con varios operarios de «mono» azul, otros de blanco y también con Percy Scott, el mecánico especializado, que corrían desalados, hacia la sala de reuniones, que no era otra que el comedor y gráfico de riesgos, lugar que ya conocía del día anterior.

Ronnie se unió a ellos. La sirena de alarma vibraba a todo lo largo y lo ancho del satélite, llevando el aviso de algo poco grato a todos los oídos. Cuando el joven fotógrafo entró en la sala central del sector norte, pudo ver a casi todo el personal que no estaba de servicio, reunido en apretadas filas. Sumarían unos veinticinco o treinta. Entre ellos, contó a la doctora Arden, tan rubia y cautivadora como en su sueño, a Craig, a Walker y al propio Dan Rowland, su compañero de cabina.

Algunos miraban al gráfico mural, y Ronnie no pudo evitar imitarles. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Una de las luces verdes se había trocado en naranja. La que correspondía a «rayos

cósmicos». Si en vez de naranja hubiera sido rojo, ya podían salir corriendo todos a los compartimentos estancos reforzados, último baluarte contra cualquier peligro, de radiaciones o meteoros. Y si ése no valía… al infierno derechitos.

Peter Johnson, con su uniforme militar y una expresión severa, que no auguraba nada bueno, apareció en la entrada de la sala, llevando una cartera. Tosió levemente, antes de cerrar tras de sí, mirar larga y pensativamente a los reunidos, y decir con calma:

—Señores, empieza el peligro de los rayos cósmicos, como el gráfico mural les señala. Ustedes saben que el profesor von Kruger tenía prevista esta posibilidad, y en consecuencia, dispuso defensas especiales para evitar la peligrosidad mortífera de esas radiaciones estelares.

—Y no dan el resultado previsto, ¿verdad? —ironizó súbitamente Craig.

—Señor Craig, ahórrese comentarios, por favor —pero la voz seca de Johnson no implicaba favor alguno. Era una orden, el ingeniero lo comprendió y se abstuvo de replicar—. Las barreras magnéticas de defensa han dado resultado *hasta hoy*. Cierto que pasamos una zona celeste particularmente plagada de rayos cósmicos, pero eso no es nuevo tampoco. Hace treinta y seis horas que la estamos cruzando y tuvo que ser *hoy* precisamente, cuando fallaran las barreras magnéticas dispuestas por von Kruger.

—¿Por qué, señor Johnson? —aventuró con serenidad la doctora Arden.

—Exacto, señorita —respondió Johnson—. *¿Por qué?* La respuesta no podemos darla aún, porque nosotros mismos la ignoramos. Señor Walker, prepárese usted con sus ayudantes, para salir al exterior. Los trajes especiales están dispuestos.

—Bien, señor Johnson —asintió el jefe de exploradores, saliendo tras un saludo militar.

Tres hombres de «mono» blanco le siguieron obedientemente, en silencio.

—Eso no es todo lo que he de comunicarles. Todo el personal libre de servicio durante las próximas diez horas deberá recluirse en los compartimentos estancos destinados a la defensa contra los rayos cósmicos o ultravioletas en última instancia. Nadie podrá salir de ellos por razones de seguridad, en tanto que los altavoces no

difundan el alejamiento del peligro. ¿Alguna pregunta especial, señores?

Nadie preguntó nada, aunque todos deseaban saber más. Pero, si Johnson sabía o no la razón del primer fallo importante a bordo, no la comunicó. Así que se inició el silencioso y preocupado desfile hacia los compartimentos estancos inmediatos al extremo sur del diámetro o eje anular. Allí, una mayor solidez de muros, la protección magnética de tres redes metálicas con el vacío entre sí, y la posibilidad de enfundarse los trajes especiales con escafandra, para el caso extremo de una intensidad irresistible de fuerza cósmica sobre los cuerpos humanos, les mantendría con mucha más seguridad.

—Empiezan los peligros, ¿eh, doctora? —murmuró Ronnie, acercándose a Kate Arden.

—Empezaron, ya cuando salimos de la Tierra, señor Gregory-sonrió ella. —Esto es consecuencia directa de aquello. ¿Esperaba acaso un viaje de placer?

—Hoy han fallado los dispositivos de seguridad —murmuró en voz baja, de forma que nadie le oyese—. Sea leve o serio el fallo, la moral de la gente disminuirá. Y eso es siempre malo.

—Sí, tiene razón —por primera vez, Kate estaba de acuerdo con el joven. Parecía preocupada también—. Tengo la obligación de saber que la moral influye mucho en el buen éxito de todas las empresas. Hasta ahora, el nivel psíquico en el «Honeymoon» era francamente bueno. Ahora… no sé.

Y no precisamente por el posible daño de los rayos cósmicos, sino por el efecto de la avería o la impotencia del sistema en el personal.

—En el gráfico, las condiciones climatológicas y todo lo demás eran iguales a los otros días —observó intrigado Ronnie—. ¿Por qué puede haber fallado hoy la defensa?

—Eso nunca se sabe a ciencia cierta —dijo ella, encogiéndose de hombros—. Lo que hace falta es que dure poco esta situación, y no se repita en lo sucesivo…

Tuvieron que almorzar allí mismo. Unos hombres enviados por Johnson, con protección especial contra las radiaciones cósmicas, sirvieron bandejas de alimentos a los reclusos. No supieron o no quisieron responder a pregunta alguna. Dijeron que Walter y otros

cuatro exploradores flotaban ya en el vacío, comprobando el estado de las barreras magnéticas del «Honeymoon». Pero eso ya lo suponían todos, sin necesidad de informes.

A media tarde, la luz-piloto de la salida del compartimento-estanco cambió su tono rojo por el verde. El altavoz oculto en un panel anunció con la sorda voz de Johnson:

—Pueden volver todos a sus puestos… El peligro ha pasado… Pueden volver todos a sus puestos…

Ronnie respiró aliviado, cambió una mirada de confianza con Kate, que incluso le sonrió vagamente, y volvió al centro del satélite. El cuadro de la gran sala volvía a tener las luces verdes. Se restableció la normalidad a bordo.

Por la noche. Ronnie jugó una partida de póquer con Martín Brand, Craig y Dan Rowland. No había visto nadie a Walker, el explorador, y se exponía la teoría de que estaba recluido en la cabina de von Kruger, para evitar indiscreciones del explorador sideral. ¿A santo de qué aquellas precauciones y misterios? Nadie sabía a qué atenerse sobre la avería. Y lo que era más importante, sobre posibles averías en un futuro próximo.

Terminada la partida, todos se fueron a acostar. Aquella noche, Brand tenía trabajo en su cabina, con unos estudios meteorológicos importantes sobre la Tierra y la Luna. Y en cuanto a Rowland, quería completar unos informes antes de dormir, para llevárselos a primera hora al «viejo». Todos se estaban habituando a llamar así, con tono cariñoso, a Hermann von Kruger, alma y cerebro de aquel mundo artificial edificado en el vacío.

Y precisamente a medianoche, cuando el silencio acompañaba al sueño dentro del colosal anillo flotante, volvió a estremecerse todo con el aullido enervante de la sirena.

Ronnie, como disparado por un cohete, saltó de su lecho, comprobando que Dan Rowland no estaba en la habitación, aunque la luz portátil de su mesa de trabajo estaba encendida. Se calzó, se puso pantalón y cazadora, y salió a todo correr al pasillo, Se cruzó con otros hombres de la nave. La frase «rayos cósmicos» corría de boca en boca, pero el fotógrafo no hizo caso a nadie. Podía ser eso, u otra cosa.

Al llegar a la sala central, le sorprendió no ver señal de color alguna en el gráfico. Todas marcaban el punto verde de normalidad.

Hubo un murmullo de sorpresa en cuantos entraban allí, murmullo que Johnson, ya en pie junto al gráfico, cortó con un gesto. Alzó su mano y exclamó:

—¡No se alarmen! ¡No se trata de peligro cósmico alguno, o cosa similar! ¡Pero vamos a necesitar revolver el satélite de arriba abajo, aunque no sea tarea fácil ni mucho menos!

»Un hombre de nuestra tripulación ha desaparecido. Un hombre que es de vital importancia en el "Honeymoon"…

Reinó un silencio de estupor. La doctora Arden, Martin Brand y Harry Walker, que ya daba señales de vida, aparecieron los últimos en la puerta. Ronnie les miró. Y de repente, pareció recorrer su cuerpo una corriente de mil voltios, cuando exclamó Johnson:

—¡Señor Gregory!

—¿Eh… qué desea, señor Johnson? —preguntó, volviéndose desconcertado.

—¿Cuándo vio usted por última vez a su compañero de cabina, Dan Rowland?

—Pero… ¿a qué viene eso? —se asombró Ronnie—. Rowland estuvo trabajando y…

—Eso no nos interesa. Quiero saber cuándo le vio por última vez…

—Pues… antes de dormirme. Jugamos una partida con Brand y Craig. Luego, ellos se retiraron, y Dan se quedó trabajando en su mesa sobre algo que dijo era urgente. Encendió su luz individual, y yo me acosté, quedándome dormido. Cuando he despertado, la luz seguía encendida, pero Dan no estaba.

—¿Eso es todo? ¿No le mencionó nada Rowland acerca de su labor de anoche?

—Pues… no, nada. —Ronnie parpadeó—. Pero, señor Johnson, ¿qué es lo que ocurre?

—Su compañero de cabina, Rowland, ha sido el hombre desaparecido…

¡Dan Rowland *desaparecido*! ¿Cómo podía desaparecer un hombre dentro de los límites del «Honeymoon», con un volumen total no superior a los ocho mil quinientos metros cúbicos, donde sesenta hombres vivían en forzosa proximidad y estrecha camaradería?

Ronnie dio vueltas en su aturdida cabeza a esta idea.

¿Desaparecido en el satélite? No cabía más que una desagradable posibilidad: la de una compuerta imprudentemente abierta, la de una caída al vacío, sin traje espacial que le ligase a la nave y le proporcionara aire. De cualquier modo, la muerte más atroz y alucinante imaginable, la asfixia en el espacio sideral, convertido en un microscópico satélite humano, girando hasta la desintegración total…

La idea le hizo erizar los cabellos de la nuca, y procuró alejar de si tal pensamiento. Cabían otras explicaciones menos lúgubres; un desvanecimiento en algún rincón poco frecuentado de la nave, tal como las cabinas de control y graduación de oxígeno, o los pasillos de red alámbrica que conducían a la llamada «Plaza Central», o esfera-eje del anillo.

Pero esa esperanza se perdió pronto. Las brigadas de hombres recorrieron de cabo a rabo la espaciosa nave de los cielos. No quedó un solo rincón por registrar, ni siquiera la esfera central, el compartimento de vacío, por donde se entraba al «Honeymoon» de cualquier cohete o proyectil llegando de otros espacios. Incluso se recorrió la angosta galería entre el anillo y el espejo curvo, sin dar en absoluto con Dan Rowland. Y, lo que era más curioso, tampoco aparecieron sus trabajos de aquella noche, los informes que mencionara como urgentes para ser trasladados a von Kruger.

Un ambiente de inquietud y de recelo invadió a la comunidad hasta entonces tranquila. En aquellas alturas todo era posible: fuerza cósmica, polvo estelar, rayos ultravioletas, fenómenos solares o trastornos orgánicos; pero una desaparición así…

Ronnie, intrigado, volvió tarde a su cabina. Había tratado de hablar personalmente con von Kruger, pero Johnson le dijo que el profesor estaba muy atareado, y era mejor no molestarle. Ronnie, en realidad, no tenía un motivo concreto para aquella petición. Deseaba conocer el juicio oficial sobre la increíble evaporación de Dan Rowland en unas horas.

—Lo lamento, Gregory —dijo Johnson, menos militarizado que ante la colectividad de a bordo—. Sé que Dan y usted eran buenos amigos, e incluso trabajaban juntos en un proyecto ambicioso de fotografía automática. Tendrá que seguir solo, si puede. Una cosa es evidente: Dan Rowland no está a bordo. No faltan trajes espaciales, no falta cohete alguno, no ha salido de aquí por medio natural

alguno. Su desaparición, pues, sólo abre una hipótesis, nada agradable para nosotros.

—¿Muerto?

—Creo que es lógico suponerlo así: muerto o perdido en el vacío aunque no sé cómo. Las patrullas de guardia nocturna no vieron a Rowland ni a persona alguna por las proximidades de lugares peligrosos con acceso al exterior. No sabemos a qué atenernos, Gregory. Pero no lo diga a nadie, por favor. Es estrictamente privado, y no conviene mermar la moral de a bordo.

—Una pregunta, Johnson-dijo de repente Ronnie. —¿Sabe usted la clase de informe técnico que preparaba Rowland para entregar esta noche misma a von Kruger?

—No tenemos idea alguna. Por el teléfono interior, Rowland habló directamente al profesor, diciendo que había captado en su receptor de radio-radar algo muy interesante, lo cual unido a otras cosas, nos entregaría a la mayor brevedad, por ser urgente. No sabemos más. ¿Él no le dijo nada a usted, cuando se dispuso a trabajar?

—No. Mi maldito sueño me impidió saberlo o seguir su labor —gruñó Ronnie—. Pero aún puedo ver si quedó algún indicio en su mesa de trabajo.

—Vaya, si quiere —sonrió tristemente Johnson—. Pero no es eso ya lo más importante, sino el paradero de Dan Rowland: nuestro primer héroe inmolado en la lucha del espacio.

Ronnie volvió a su cabina sin demasiado entusiasmo. ¿Por qué tuvo que ser precisamente Dan, el bueno de Dan, quien sufriera aquel horrible final? Pensar en él como un diminuto satélite, describiendo en el vacío una órbita macabra hasta la desintegración no era precisamente agradable.

En cuanto penetró en la cabina, se dio cuenta de que algo iba mal. Clavó la mirada en la mesa de trabajo de Dan Rowland, y vio revueltos los papeles, mapas, claves, etc. Revueltos como no estaban antes de acudir él a la llamada de alarma de Johnson. Sorprendido, entró cerrando tras de sí, en busca de la razón de aquel revuelo. Le constaba que el segundo de von Kruger no había ordenado registro alguno en las pertenencias de Rowland.

Vio en tierra una carpeta de Dan, con todo su contenido disperso… y pisoteado. Sí, pisoteado. Estaban rugosas, dobladas

bajo el peso de algún par de sólidos zapatos. Se acercó a ella, inclinándose para estudiar más detenidamente su aspecto y recogerla después.

Inmediatamente de poner una rodilla en tierra, advirtió su error. Percibió un vago ruido a sus espaldas. Se volvió en redondo, llevando la mano al cinturón, donde todo el personal del «Honeymoon» llevaba un cuchillo espacial para casos de emergencia, No pudo ni siquiera desenfundarlo.

El hombre oculto en su cabina llevaba el traje espacial con que eran dotados individualmente todos los tripulantes de a bordo, y la escafandra le cubría la cabeza, dejando ver tan sólo un par de ojos crueles, de brillo excitado, a través de la angosta abertura o mirilla de vidrio plástico. Esgrimía un objeto contundente, acaso una barra de metal, y la hizo descender vertiginosamente sobre él.

Ronnie se cubrió con rapidez la cabeza, subiendo ambas manos. El impacto le cayó encima, violento y brutal. Aminoró algo el golpe, pero no lo suficiente como para seguir consciente. Algo espeso y cálido brotó de su cabeza, sintió que la cabina entera giraba en torno suyo, y se derrumbó de bruces, junto a la carpeta de Rowland.

El intruso de la escafandra rió bajo el sólido material azul de su disfraz y se inclinó sobre Ronnie. Pareció decidido a descargar un nuevo golpe, el de gracia. Pero lo pensó mejor, se encogió de hombros y procedió a recoger los papeles dispersos. Se acercó a la litera de Ronnie, donde había otra carpeta de Rowland, se despojó con rapidez de «mono» y escafandra, propiedad todo ello, del propio Dan Rowland, y tomando la carpeta, que ocultó bajo su cazadora, abandonó la cabina.

Ronnie Gregory se hubiera llevado una gran sorpresa de saber quién iba debajo de aquellas ropas espaciales. Pero no pudo enterarse, porque cuando el intruso agresor hubo desaparecido corredor adelante, evitando ser sorprendido, Ronnie aún yacía sin sentido en el suelo.

CAPÍTULO V

¡SABOTAJE!



éter Johnson se puso en pie de un brinco, cuando vio entrar a Ronnie en la antesala de von Kruger. Advirtió la venda que circundaba su cabeza, manchada de sangre, así como el hecho de que la doctora Arden le seguía con expresión sombría.

—Pero Ronnie… —exclamó el segundo de von Kruger—. ¿Qué es lo que sucede ahora?

—Necesito ver inmediatamente al profesor —dijo con energía el joven—. Tiene que saber lo que ocurre a bordo.

—¿Y no puedo saberlo yo antes, Gregory?

—Creo que ganaremos más tiempo si una sola descripción sirve para todos. Pero tengo motivos bien fundados para creer que la desaparición de Rowland no fue un accidente, sino un asesinato.

—¿Un asesinato? —Johnson abrió los ojos casi tanto como la

boca—. ¿Un asesinato en el «Honeymoon»? ¿Pero obra de quién, Gregory?

—Del mismo que ha tratado de matarme, a mí hace un momento. ¿Puedo ver a von Kruger o no, Johnson?

—Un momento. —Johnson tomó el receptor interior y habló algo, en tono bajo. Asintió, colgando el aparato y dijo a Ronnie y a la doctora—. Síganme, El profesor les espera.

Ronnie y la doctora le siguieron por un estrecho corredor de muros de vidrio plástico, hasta detenerse ante la puerta de entrada al despacho privado del gran hombre de a bordo. Sin necesidad de llamar, un mecanismo interior, accionado sin duda por células fotoeléctricas, les franqueó el paso a través de la sólida puerta oval, similar a las de algunos navíos de guerra, y con un grosor de más de diez pulgadas.

—Adelante —invitó von Kruger desde detrás de su mesa, Ronnie nunca había visto el despacho del sabio, y se maravilló ante él. Era la estancia más fantástica del «Honeymoon».

La doctora Arden y él miraron antes al fabuloso semicírculo de los muros, totalmente cubiertos de grandes pantallas telescópicas, donde las vistas del planeta Tierra y el satélite Luna alternaban con asombrosas panorámicas celestes, a través de enormes ojos de «nylon» abiertos al negro vacío sideral.

En medio, de todo este auténtico observatorio celeste, cuajado en torno de esferas graduadas, cuadros gráficos luminosos, y otros instrumentos de precisión, estaba von Kruger, pálido, sereno, firme, al mando del timón de aquella ingente nave, fuera del control de los mundos.

—Pasen, por favor —invitó, sonriendo. Parecía un dictador, pero un dictador afable, humano, cordial con sus subordinados—. Me ha dicho Johnson que ocurre algo grave…

—Sí, profesor. Lamento molestarle. Imagino que en su retiro tiene usted demasiados quebraderos de cabeza, para que yo le produzca otros. He consultado el caso, primeramente, con la doctora Arden. Ella creía en principio que yo deliraba, de resultas de un golpe en la cabeza. Me ha curado en el botiquín, y luego hemos visitado mi cabina. Ella misma ha podido comprobar que todo lo que yo digo es cierto.

—¿Y qué es eso que usted dice, mi querido Gregory? —Von

Kruger se inclinó adelante.

Ronnie refirió, con brevedad de palabras y gran elocuencia, todo lo sucedido después de haber hablado con Johnson poco antes. Su llegada a la cabina, el hallazgo de los documentos de trabajo de Rowland, revueltos; el hombre disfrazado para no ser identificado fácilmente; el golpe, la tardía recuperación de sus efectos, y la observación de que el traje estelar azul era el de Rowland, que el agresor dejó en su sitio, una vez utilizado. Pero Ronnie estaba seguro de que faltaban documentos, y documentos importantes.

Von Kruger le escuchó en silencio, sin interrumpirle. Parecía impasible, pero no lo estaba. Era hombre capaz de dominar toda emoción. Respiró profundamente, al final del relato, y se retrepó en su asiento.

—De modo que alguien a bordo se ocupa de desvalijar cabinas. Y precisamente la de Dan Rowland, el hombre desaparecido. Eso, después de un fallo absurdo en la barrera magnética, que aún no hemos podido explicarnos, señala una posibilidad, fantástica si se quiere, pero que explicaría muchas, muchísimas cosas: ¡*Sabotaje*!

—¿Sabotaje? —Ronnie miró de soslayo a la doctora Arden, que parecía tan sorprendida como él—; pero… ¿por qué y para qué?

—Ah, eso… —Von Kruger unió sus largos dedos sensitivos—. El «porqué» está aún en el aire. El «para qué» es evidente: destruir la nave, o provocar la desmoralización del personal y, con él, el fracaso de la empresa… antes de que parta de la Tierra, con destino a la Luna, el proyectil tripulado, «Pioneer».

—El saboteador entonces corre igual peligro que nosotros mismos.

—Exacto. Pero un saboteador de esa especie acostumbra a ser un fanático con total desprecio por su propia vida. Trabaja para una causa, un país o una creencia, que él juzga acertada y justa. Lucha por ello, sin importarle su propia suerte en la misión.

—¿No se ha controlado la lealtad, patriotismo y perfectas referencias de cada uno de los sesenta ocupantes de esta nave, antes de seleccionarlos para el viaje? —dijo la doctora Arden, pensativa.

—Sí, señorita Arden. Pero un espía, un enemigo, sea de donde sea, puede burlar esos obstáculos, si es inteligente y tiene un fuerte apoyo detrás. Ignoro qué país puede enviar a un enemigo al «Honeymoon», pero…

Todos callaron. Entendían perfectamente, sin necesidad de más detalles. Ronnie añadió:

—No he podido saber en qué informe trabajaba Rowland, pero sí he advertido que faltan papeles, anotaciones suyas referentes a algo que captó con su aparato de radio-radar. Según todos los indicios, era algo urgente y de sumo interés para usted…

—Por lo cual, Rowland fue eliminado —concluyó fríamente von Kruger—. Alguien de la nave, y por cierto alguien que tiene acceso a lugares donde un empleado vulgar no llegaría sin despertar sospechas, ha atraído allí a Rowland y ha logrado arrojarle al vacío… Es la muerte más rápida, y limpia que se puede dar en estas alturas.

—¡Dios mío! —Kate se cubrió el rostro, horrorizada, y Ronnie pensó que era una lástima hallarse en presencia de von Kruger, porque en otro caso, la hubiera tomado protectoramente por los hombros—. Es horrible pensar que ahora, su cuerpo…

—Por fortuna para él, habrá dejado de sentir —dijo el sabio sombrío—. Pero el crimen sigue impune, un asesino que actúa contra todos nosotros está aquí, en nuestra comunidad, posiblemente en el reducido grupo de especialistas con quienes tratamos cada día. Ronnie, le voy a hacer una oferta.

—¿A mí, profesor? —se sorprendió el joven fotógrafo.

—Sí. En cierto modo, la oferta es extensiva a ambos, porque los dos comparten el secreto. La razón del fin de Rowland, su ataque en la cabina y todo lo demás, van a permanecer ocultos a todos. No sólo por razones de seguridad, sino porque no conviene asustar a nuestro hombre. Haremos creer que su historia no ha sido creída en absoluto, y qué usted no goza de mi confianza. Usted demostrará despecho, enfado, lo que mejor le parezca. Y, aquí viene lo importante, procurará usted que…

Siguió hablando en tono susurrado, que ni siquiera la doctora Arden podía casi seguir. Asintió Ronnie, con un brillo combativo en sus ojos; no sólo por afán de vengar la agresión sufrida, sino sobre todo por su buen amigo Rowland, víctima de su lealtad y buena fe, por el destino de aquel astro artificial, y por la victoria de unos seres que ambicionaban conquistar el espacio para expansión científica de la Humanidad, no con afán de conquista.

* * *

—¿De verdad va a hacer lo que von Kruger le ha dicho? —preguntó la doctora, ya en la puerta de su consultorio.

—Era una orden —sonrió Ronnie—. Y aunque no lo hubiera sido…

—Usted lo haría igual —ella también sonrió. Instintivamente, le puso una mano en el hombro, y Gregory se estremeció al contacto—. Todos los que estamos ahora aquí arriba, desligados de nuestro mundo, de nuestra vida habitual, y enfrentados siempre a un destino incierto y cuajado de peligros, hemos de ser más valientes que el resto de los mortales, pero su estratagema es muy arriesgada, implica un peligro de muerte inmediata…

—Para lograr algo importante, es preciso arriesgar también cosas de valor. Mi vida, por la seguridad del «Honeymoon». No es demasiado el trueque, aun saliendo mal la cosa.

—Ronnie, es usted una especie de caballero andante, de ésos que hace cientos de años iban por el mundo ayudando a los necesitados sin reclamar nada por su ayuda.

—¿Yo solo? —Ronnie rió secamente. Aquí somos ahora casi sesenta caballeros de esos que usted dice. Acaso yo pueda diferenciarme de ellos en que desearía tener una dama a quien pedir su pañuelo como amuleto en las batallas.

—Aquí no hay damas —sonrió ella—. Únicamente yo…

—Sí, únicamente usted. Y usted tiene su pañuelo entregado ya en Albany, Nueva York. A dos mil kilómetros de aquí en línea recta, pero hacia abajo. Es una lástima, Kate…

Dio media vuelta y se alejó, dejando a la doctora sorprendida e incapaz de articular palabra. Inclinó la mirada, respiró hondo y penetró en su alojamiento.

Aquella noche, durante la cena en el comedor reservado al personal especializado de a bordo…

—¡Cielos, Ronnie, vaya caricia! —rió Steve, Hunter, el observador—. ¿Dónde te diste?

—En un saliente del corredor —dijo parcamente el joven, con aire de mal humor—. Ha sido un accidente…

—Si te descuidas, te matas —añadió pensativo Martin Brand, el meteorólogo—. Me, parece un accidente muy raro, chico.

—Pues ha sido un accidente —replicó él, tajante. Luego, vaciló, tragó saliva, y añadió, rencoroso—: Y si alguien lo duda, que se lo pregunte a Johnson. Aquí no pueden ocurrir más que accidentes. Es la Ley de a bordo…

—¿Qué quieres decir? —saltó, receloso, el ingeniero Craig.

—Nada. Nada más de lo que he dicho… —Ronnie masculló algo entre dientes, sumiéndose de nuevo en la tarea de consumir su cena —. Por lo menos, mientras no tenga la fotografía.

—¿Fotografía? —Brand enarcó las cejas—. ¿De qué demonios hablas? Todo eso carece de sentido, Ronnie.

—Si viviera Dan, lo entendería bien. Él sabía cómo iba nuestro proyecto de fotografía infrarroja, ultravioleta y de Rayos X, combinado. ¿Quién iba a decirle a él anoche, cuando dejó nuestro «robot» —fotógrafo, que iba a servir para…?

Pareció darse cuenta de que hablaba demasiado, y enmudeció. Brand, Craig y Harry Walker, el explorador, se miraron entre sí, perplejos, sin entender una palabra. Scott, Hunter y la doctora Arden, siguieron su cena sin prestar atención a los aparentes disparates de Ronnie.

Siempre he juzgado vuestro invento como una fantasía irrealizable —opinó Craig—: No es posible fotografiar aquello situado fuera del espectro visual de un objetivo normal. Las zonas infrarrojas y ultravioletas están vedadas a la fotografía. Sería algo así como penetrar en la cuarta dimensión. No, no puedo creerlo. Y la fotografía Rayos X, sería…

—Sería como tomar la fotografía de un hombre envuelto en metal, tela o «nylon» añadió, sonriendo, la doctora Arden. —Fotografiando al hombre, naturalmente, sin obstáculos delante, una idea de chiquillos, desde luego.

—También el lanzar un satélite artificial a los espacios era idea de chiquillos hace veinte años —replicó agriamente Ronnie—. Y aquí estamos ahora, a sólo dos décadas de los primeros experimentos. Lo nuestro aún era más fácil. Es decir… Bueno, nada…

Enmudecieron todos. Ronnie, decididamente, enmudeció, y siguió su cena. En torno suyo, había un clima de incredulidad y de sorpresa. Alguien, acaso, estaba preocupado, muy preocupado…

Aquella noche, Ronnie se dirigió, antes de retirarse a su litera, al

pabellón de observación. Steve Hunter, ante los grandes miradores del satélite abiertos a los espacios, admiró una vez más el fabuloso panorama de los mundos y astros dispersos en la negrura eterna. Jamás parecía más enorme la insignificancia humana que al ser comparada con aquel infinito telón de fondo donde las distancias entre las estrellas se medían por cientos o miles de
años-luz.

Martin Brand trabajaba en su pupitre, con los informes meteorológicos procedentes de la Tierra, que computaba con los que ellos mismos y sus sensibles aparatos medían en la altura, En un tercer puesto de constante vigilancia del espacio, Harry Walker tomaba notas cifradas que sólo él entendía. En realidad, era el más interesado en observar las condiciones del vacío en torno a la estación espacial, porque en casos de emergencia, a él y su equipo les tocaba salir a reparar o comprobar el estado de la nave.

Ronnie fingió charlar despreocupadamente con todos ellos, pero entre tanto iba comprobando los datos recogidos por cada uno de ellos. Hunter insistía en que algo no iba bien en los detectores de larga distancia, pero no podía saber a ciencia cierta lo que era. El radar acusaba también en su pantalla oscilaciones intermitentes de naturaleza desconocida, pero Brand, único técnico en radio capacitado para suplir al desaparecido Dan Rowland, se mostraba indeciso ante ello, sin saber en definitiva la clase de fenómeno que podía provocar aquellas alteraciones.

—Son muy débiles todos esos rastros, pero desde hace unas horas van aumentando progresivamente-manifestó Hunter, mordiendo pensativamente su labio inferior. —Las telefotos y telefilmes no acusan proximidad alguna de nada peligroso, los medidores de rayos ultravioletas y cósmicos tampoco se mueven en forma alarmante. Así que no sé… no sé qué puede ocurrir…

Ronnie se mostró impotente para auxiliarles en sus tribulaciones y se despidió. Martin Brand lamentó tener aquel trabajo especial, por ausencia de Rowland, que les impediría celebrar la partida de costumbre, y el joven fotógrafo se encontró nuevamente en la escalera de caracol que conducía al piso inferior del anillo, donde se encontraban los alojamientos y cabinas personales de la tripulación.

La teoría de von Kruger y la suya propia tomaban cuerpo, pero Rowland, el hombre que podía sacarles de apuros, no estaba ya con

ellos. El enemigo oculto que viajaba con ellos en el «Honeymoon» había sabido eliminar al más importante de los elementos de a bordo, al menos en aquella cuestión.

Ronnie llamó por el teléfono interior al ingeniero Craig, y le dijo que vigilara estrechamente aquella noche el espacio, desde cualquiera de los miradores telescópicos de la estación espacial. Había un peligro latente, suspendido sobre ellos. Lo intuía. Podía estar a uno o a cien millones de millas de ellos, pero existía en alguna parte. Y ese peligro vendría del cielo, del mismo cielo al que estaban desafiando con su ingente obra de ingeniería astral.

Craig asintió, muy sorprendido, diciendo que vigilaría en turnos de dos horas, con su ayudante, el delineante Powell. Ronnie colgó, repitiendo personalmente el aviso al gabinete de Johnson. Le informó que era probable que el asesino de Rowland supiera ya la existencia de un supuesto «robot», capaz de fotografiar en el terreno vedado de la luz infrarroja o ultravioleta, a ambas bandas del espectro visible por el ojo humano. Y también aprovechando la acción de Rayos X, para captar fotografías de objetos o seres cubiertos por cualquier tejido o material opaco.

Johnson asintió, colgando acto seguido, después de recomendarle cautela y prudencia, puesto que nadie podría ayudarle en la emboscada tendida al saboteador oculto en la nave.

Ronnie tenía ya esa desagradable convicción aun antes de hablar con Johnson. Dispuso, pues, su pistola automática, de doble acción, simple o magnética, que enfundó en su pistolera, aplicándola a la cintura, y extrajo de la caja donde lo ocultaba, su pequeño cilindro metálico de tres ojos. Hasta entonces, el proyecto de fotografiar en el campo infrarrojo o ultravioleta era pura utopía. Pero, si alguien, en el «Honeymoon», había creído en su logro… pronto tendría visita.

Sentóse, situando sobre la mesita suya de trabajo al inofensivo «robot» fotográfico, y encendiendo sus tres ojos. Fueron sólo dos puntitos luminosos, siguiendo en profundo negro el ojo inferior. Encendió las pantallas de luz ultravioleta, y apagó la luz. Una, oscuridad total inundó su cabina. Se aplicó unos lentes para ver en el campo de luminosidad ultravioleta, y esperó. En el silencio únicamente era audible el zumbido de las lámparas ultravioletas y el trepidar insignificante de su incompleto «robot», trampa en la

que, acaso no cayera el saboteador.

Transcurrieron dos horas. Ronnie cambió varias veces de postura, con los nervios en tensión. Si dentro de una hora más no había sucedido nada, se retiraría a dormir, dando por terminada la farsa.

Y de repente… llegó lo que esperaba.

Un rumor de pasos lentos, sordos, en el corredor. Las botas, que golpeaban el suelo, acusaban una solidez no habitual. Sin duda, el paseante llevaba botas espaciales. Lo cual indicaría que también el resto de su indumentaria era espacial, como aquella tarde…

Desenfundó lentísimamente la pistola, accionando el pulsador magnético. Esperó, sin mover un solo músculo, tenso y con la vista fija en la entrada, apenas visible sino como una vaga sombra a través de los vidrios ultravioleta.

Rechinó suavemente el pestillo, accionaron el resorte de entrada, que sin duda no poseía secretos para el siniestro visitante de medianoche. Ronnie Gregory aún esperaba… La puerta se abrió y una sombra monstruosa apareció en ella. La forma oval, extraña, de la brillante escafandra de «nylon» metalizado, y los pliegues del amplio «mono» de cuerpo entero, daban al desconocido un aire, alucinante, subrayado por los grandes guantes de amianto, que ocultaban las manos asesinas, aunque no el garfio metálico que empuñaba en la derecha.

Se detuvo, perplejo por la oscuridad. Ronnie pidió al cielo que el ingenuo truco no fuera demasiado visible. Y, poniéndose en pie, habló con dureza:

—Adelante, amigo mío. Te estaba esperando; mi «robot» te fotografió muy bien. Ahora mismo está captando con toda claridad tu fotografía en Rayos X… ¿Vas a pasar, o prefieres que dispare mi pistola sobre ti?

El desconocido se quedó inmóvil. Bajo la escafandra brotó una maldición, y Ronnie no pudo identificar la voz. Luego, en el breve silencio, se oyó zumbar la luz ultravioleta y el ronroneo del aparato fotográfico que servía de anzuelo.

—Vamos, entra y encenderé la luz, amiguito. Es malo atacar a un fotógrafo especializado como yo. Domino los colores y luces del espectro más allá de lo que tú suponías…

El visitante sabía que estaba cazado. Un revólver magnético no

era cosa de juego. Al menor movimiento agresivo hacia el que lo empuñaba, disparaba automáticamente sus balas, con igual rapidez que la utilizada por el enemigo en avanzar.

Penetró unos pasos en la estancia, sin cerrar detrás de sí. Ronnie se apresuró a mover el conmutador, dando luz a la estancia, y subiéndose las gafas especiales. El joven y él hombre de la escafandra espacial se miraron largamente. Ahora Ronnie podía jurar que aquellos ojos le eran muy familiares. Le miraban con una expresión anormal, cruel y demoníaca. O le odiaba mucho… o aquel ser odiaba a todos, estaba desequilibrado mentalmente.

—El «Honeymoon» no puede perecer por culpa de un maldito loco fanático como tú —hablaba como si estuviera muy seguro de sí, aunque, no sabía aún nada de nada—. Está por encima de toda humana pequeñez y de toda insidia personal. No queremos rencores, odios ni politiquerías. Deberíamos aprender todos a ser mejores aquí arriba, donde todo parece más puro y limpio, donde estamos más cerca de Dios y de su mano amorosa…

El hombre de la escafandra se movió. Sus ojos helados y feroces no parecían oír las palabras de fraternidad y de cristiana nobleza. Los dedos enguantados aferraban con ira, con odio mortal, aquel garfio terrible, capaz de hendir un cráneo al más leve golpe.

—¡Quieto! —ordenó, sibilante, Ronnie—. Muévete un poco más, y disparo. Vamos, quítate esa escafandra. Quiero llevarte así a presencia de Johnson y von Kruger. Serás juzgado sumariamente. Ya sabes la Ley del «Honeymoon»: la misma muerte terrible que tú reservaste a Rowland, nuestro camarada: el salto al espacio… sin escafandra. ¡Quítatela, vivo!

Soltó el garfio sobre un asiento inmediato, impotente ante la derrota. Luego, sus manos, presionaron en la ranura de la escafandra. Movió las aletas de los resortes, giró el casco oval, centelleante, y apareció su rostro…, El rostro del meteorólogo Brand.

—¡Martín Brand! —musitó Ronnie, asombrado por un instante.

El estupor se reflejó en el rostro del vencido, al comprender demasiado tarde que lo del «robot» y la fotografía tomada con Rayos X era falso, ya que Ronnie había ignorado su identidad hasta que él se quitó la escafandra espacial. El odio adquirió un brillo terrible en las llameantes pupilas del asesino.

Y precisamente en ese momento, llegó el gran desastre, el peligro que Ronnie había previsto horas antes, como motivo fundamental del fin de Rowland; el hombre que con el radar había captado, antes que nadie, ese mismo peligro latente, cercano en el cielo…

—¡Atención! —gritaron los altavoces, mientras empezaba a ulular la sirena de alarma—. ¡Atención todos! ¡Corran a sus equipos de emergencia, busquen refugio en los compartimentos más seguros del satélite! ¡Un enorme meteoro llega hacia nosotros a una velocidad increíble, casi igual a la de la misma luz! ¡Un meteoro gigantesco, procedente de la Galaxia de Andrómeda, penetrará en nuestro espacio vital dentro de unos minutos, provocando tal vez una gran hecatombe! ¡Atención todos, busquen refugio y abandonen sus puestos de trabajo, sin excusa ni demora!

Ronnie palideció, comprendiendo de pronto la razón de todo aquello. ¡Un meteoro casi a la velocidad de la luz! ¡Recorriendo el espacio a trescientos mil kilómetros por segundo! ¡Y hacia ellos!

La pistola vaciló en su mano. Por un par de segundos, dejó de vigilar a Martin Brand, el traidor. Éste, vertiginosamente, entró en acción. Tomó el garfio y se lo arrojó, al mismo tiempo que corría hacia la puerta y saltaba a través de ella al corredor…

CAPÍTULO VI

EL GRAN METEORO



onnie tuvo el tiempo justo de saltar ágilmente de lado, mientras el bruñido garfio hendía el aire con un silbido ominoso, centelleante. Se clavó con sordo chasquido en el muro, donde un segundo antes estaba la cabeza de Ronnie. Rasgó el «nylon» endurecido como si fuera puro papel húmedo. Pero, aunque no logró su objeto, si evitó que el arma de Ronnie disparara a tiempo sobre el fugitivo.

Caído en el suelo, el fotógrafo apretó el gatillo. La bala no encontró ya a nadie, y el estampido del arma fue ahogado por sirenas, voces de alarma e instrucciones febriles difundidas por los altavoces.

Sin preocuparse para nada del peligro que se les venía encima, Ronnie Gregory se puso en pie de un brinco y corrió tras de Brand. Salió al corredor, teniendo que echarse a un lado. Un grupo de

hombres corrían en dirección opuesta, huyendo a los compartimentos reforzados, para el caso del choque de algún aerolito. Era dudoso que se libraran del impacto de un cuerpo cuya velocidad era fabulosa, pero lo iban a intentar por encima de todo. El que, se interpusiera preguntándoles algo, distrayéndoles, sería un loco, arrollado fácilmente por aquella muchedumbre enfebrecida de terror.

Dejó pasar a aquella masa de hombres convertidos en bestias por el pánico, pensando que la supercivilización había cambiado poco los instintos primarios, y luego corrió en dirección opuesta. No lejos de él zapateaban unos pies, en loca carrera. Ronnie no iba a dejar solo a aquel canalla, escapando al castigo. Era demasiado piadoso dejarle correr la espantosa suerte que había reservado él a la tripulación del «Honeymoon», al silenciar a Rowland, el único que supo entender las irregularidades del radar la noche antes.

Sus propios pies pisaban a toda velocidad los suelos metálicos, brillantes, subían las escaleras de espiral. En una ocasión, no pudo impedir que el personal de las piscinas de algas oxigenadas, le arrollase, derribándole por tierra. Nadie oyó sus protestas y preguntas acerca de Brand. Nadie sabía nada en aquella súbita Babel en que se había transformado la estación espacial de von Kruger. Toda la perfección, toda la sincronía y maravilloso acoplamiento de la nave, se convertía en un mar desordenado y febril.

De pronto, ante él vibró un grito estridente, angustioso. ¡Pero un grito femenino! Los cabellos del fotógrafo se erizaron. Si Brand había atacado a Kate Arden… Apretó los dientes, furioso. Le mataría sólo por eso, le mataría, dondequiera que estuviese.

Corrió más aún, tropezando con tuberías y grandes bombas de oxígeno, porque había llegado a los corredores que conducían al diámetro del anillo. Como un loco, atravesó la sala de trabajos de la doctora Arden. No había nadie, nadie vivo, porque el enfermero High, yacía sobre un charco de su propia sangre, un armario de instrumental quirúrgico había, sido derribado con violencia, y un termómetro dorado, que Ronnie viera en varias ocasiones a la doctora, fue pisoteado por sus pies al salir corriendo hacia el diámetro.

Se detuvo el tiempo preciso para tomar un microteléfono de la

cabina de oxígeno, y avisó a Johnson, sin esperar respuesta, con tono atropellado:

—¡Pronto, Johnson! ¡Brand es el traidor, y ha secuestrado a la doctora Arden! ¡Se dirigen a la esfera central! ¡No sé lo que va a intentar, pero posiblemente abandonen el satélite… si no llego a tiempo!

Soltó el receptor, corriendo con toda la velocidad de que eran capaces sus ágiles músculos. A medida que avanzaba hacia el centro, la gravedad era menor, hasta casi resultar nula. Hubo de avanzar lenta, lentísimamente, cogido como una gran araña a la red metálica que conducía al centro del aro.

Pronto flotó su cuerpo en el aire, únicamente sujeto por las manos y la red mural. Oyó ruido en la esfera central, donde evidentemente no había nadie de guardia. Un gran visor celeste aparecía ante él, en un muro convexo. Los ojos de Ronnie se desorbitaron.

La masa del gran meteoro era ya visible. Muy remota, lejanísima, pero agrandándose por momentos en la negrura del espacio, con un intenso color azul-cárdeno que teñía con un halo violáceo los lugares por donde cruzaba. Una pantalla de radar dejaba cruzar por su círculo alocadas luminosidades que se aceleraban a medida que el meteoro, acaso un mundo colosal lanzado Dios sabe cómo a aquellas velocidades imposibles de imaginar, aproximaba su distancia del satélite, de la misma Luna y de la Tierra, con pavorosa celeridad.

Ronnie flotó hasta la hilera de trajes espaciales colgados del muro. Lanzó una exclamación de horror. ¡Todos habían sido rasgados brutalmente con un arma afilada! Eran inútiles para todo uso. Pero no habían destrozado las escafandras, sin duda porque no tenían tiempo de ello. Se puso una, frenéticamente, y se dispuso a moverse hacia la cámara de vacío, adonde se adherían con cables de «nylon» los cohetes-proyectiles. Entonces, los altavoces de la esfera central atronaron el aire con la voz sorda de Brand:

—¡No intentes nada, Gregory, o tu adorada Kate Arden perecerá conmigo en el vacío! Yo tengo mi traje espacial puesto. Puedo huir, antes de que hagas algo, pero ella no lleva protección, y no me importa lo más mínimo que muera. Pronto moriréis todos en esta ratonera de vuestros supercivilizados cerebros creadores. Ese

enorme aerolito llegará a destruiros, en escasos minutos; Yo lo sabía, Rowland, el mismo me lo dijo, y no vivió para contarlo. Hubierais tenido tiempo de evitarlo. Como evitasteis que la avería en la barrera de rayos cósmicos os fuera mortal. Yo mismo la averié. Odio vuestra obra, porque odio a la Humanidad que quiere dominar los cielos, vosotros no sois los destinados a triunfar, no llegaréis jamás adonde queréis. Amo un mundo mejor, de paz y de amor, no de progreso y mecanización… ¡Locos, estáis todos locos, al pretender llegar a tanto!

Ronnie, sin hacer ruido alguno, había llegado a la compuerta circular de acceso a la cabina de vacío. Allí la pistola sería inútil, porque no había aire. Comprendía ahora, oyendo el discurso desequilibrado de Brand, que sus ideas eran algo más que política: eran puro delirio, demencia pacifista equivocada, una visión retrasada y falsa del mundo actual. Que acaso el efecto de los espacios había desequilibrado su mente antes que otras.

Tiró bruscamente de la compuerta, a pesar del aviso de Brand. Kate estaba igualmente en peligro. Y dejarle en su poder significaba entregarla a la muerte. Ronnie penetró flotando en la sala de vacío.

Brand, erguido junto a la salida del satélite, sitio por el que sin duda arrojara la noche antes el cuerpo de Rowland, se volvió en redondo. Empuñaba un arma también, y apretó el gatillo. La bala, sin presión del aíre, salió disparada, quedándose luego en el vacío, flotando como un curioso objeto sin peso. Ronnie aprovechó el repentino estopor del meteorólogo, que no contaba con los inconvenientes de aire y gravedad nulos, para lanzarse hacia él. Volaba materialmente, y sólo el efecto de su impulso le arrojó blandamente contra el enemigo, que también se debatía, bajo su pesado «mono», provisto ya de otra escafandra, mientras veía a Kate, cubierta tan sólo con una escafandra, como él, muy cerca de la puerta de salida. Estaba inconsciente, tendida a media altura, como la colaboradora de un faquir, en pleno «trance».

Era la lucha más asombrosa y alucinante jamás vivida. Ronnie comprendía que sus puños carecían de peso y fuerza para abatir a Brand, y a éste le sucedía lo mismo. Un combate en el vacío, en una campana sin aire, ni gravedad… por la vida de una mujer y la venganza de un crimen monstruoso.

De repente, el satélite entero se bamboleó. Algo trepidó dentro

de él, sacudiéndolo de lado a lado como un pequeño avión entre ráfagas borrascosas. Osciló toda la enorme masa del «Honeymoon», conmocionado por alguna fuerza interior extraña.

Al mismo tiempo, el gran meteoro debió de cobrar proximidad y sirvió de revulsivo a la sacudida, provocando otra mucho mayor. Las esferas indicadoras de presión, velocidad y demás datos a bordo, oscilaron como locas, las agujas describieron trayectorias imposibles, y la sacudida fue tan terrible que la fricción hizo silbar estridentemente la nave.

Ronnie había asido con una mano la compuerta de salida y tiró de ella. Se abrió ésta… y el cuerpo de Kate resbaló en el vacío, atraído por aquella mayor masa de vacío y por la inclinación del satélite. El punto rojo era ya una gran esfera de fuego en la distancia.

Ronnie advirtió con horror, que había una repentina gravedad allí, atrayéndoles hacia la colosal masa errante. Soltó a Brand, que escapó de sus manos. La escafandra ahogó su grito, pero el fotógrafo advirtió su expresión de horror cuando comprendió lo que ocurría.

Se lo engulló la abertura de la negra noche eterna en los cielos, y Ronnie, desplazándose a toda velocidad hacia Kate, pudo frenarla, con su propio cuerpo. Ahora, ambos juntos corrieron por el vacío hacia la salida misma, condenados a igual muerte que Brand.

Y, de repente, como una mágica obra de un hado generoso, la compuerta chirrió, cerrándose de golpe. Ronnie y ella golpearon contra la sólida masa metálica, que impedía su caída al vacío absorbente y mortal.

Los ojos de Gregory se clavaron en el mirador celeste. Vio un menudo cuerpo que huía, fundiéndose en la negrura, atraído por la masa gigante del meteoro. Compadeció el fin horroroso de Brand, perdido en los espacios siderales hasta la desintegración cuando penetrara en la atmósfera de algún mundo remoto, o hasta obtener una órbita propia y girar eternamente en el vacío.

Miró a Kate. Bajo la cristalina escafandra, el rostro lívido de la muchacha cobraba color, y sus ojos se clavaban en él, inmensos y acongojados. Oyó la voz, por el micrófono de su propio casco de aire:

—¡Ronnie… estoy a salvo! ¡Estoy a salvo!… Dios mío, Ronnie,

gracias… ¡Gracias!

Le aferró por los brazos y empezó a llorar. Acaso le hubiera besado de no separarles la doble barrera de «nylon». Acaso él también lo hubiera hecho así, pero era bastante con sentirla, débil y mujer al fin, en sus brazos. Ya no la doctora, sino Kate, la dulce muchacha embarcada en una empresa de titanes, apelaba a su fuerza de hombre, a la superioridad del sexo contrario. Esto sería eterno, por muchos mundos que se conquistarán en los siglos Venideros, pensó Ronnie, satisfecho y con cierto orgullo de sí mismo.

—¡Salgan de ahí inmediatamente! —Sonó una voz en los altavoces. La voz firme, clara y autoritaria de von Kruger—. ¡Salgan, antes de que se produzca el choque! Si algún sitio hay donde salvarse de la hecatombe, no es ése precisamente, Gregory. Y den gracias a los mandos automáticos a distancia, que les permiten vivir ahora. Cuando vi flotar en el vacío a Brand, comprendí lo que ocurría y accioné desde mi despacho el cierre de la compuerta. ¡Vamos, corran lejos de ahí, no pierdan un solo minuto! ¡Acaso dentro de dos o tres nada más, se produzca el cataclismo, si ese meteoro mantiene su increíble velocidad!

Obedecieron, Luchando contra el efecto del vacío, saltaron por el tubo de acceso a la galería del diámetro. Allí, adheridos a la red, apresuraron sus movimientos cuanto les fue posible, alcanzaron en un par de minutos el control de oxígeno de a bordo, y su mirada se dirigió de pronto a uno de los miradores al espacio, situado en el techo de la construcción.

Ronnie alzó, trémulo, un brazo. Su dedo estremecido señaló a la negrura, azulada por el meteoro, y gritó:

—¡Mira, Kate! ¡Mira allí!…

Kate miró. Se unió a Ronnie, en estrecho abrazo, con la expresión desorbitada de sus hermosos ojos, ante el cataclismo estelar que presenciaban. Los primeros ojos humanos que poseían el privilegio de ser testigos de un enorme meteoro, desintegrándose en los espacios, a casi treinta millones de kilómetros de ellos. Un coloso de los mundos, un atlante de los cielos, que hubiera absorbido acaso a satélites artificiales, naturales e incluso mundos del sistema solar completo, al entrar en colisión con éste.

Llegado de alguna Galaxia, tal vez más remota que la misma

Andrómeda, había amenazado con su magnitud fabulosa las vidas de los terrestres, para disolverse ahora, en un espectáculo sin precedentes, acaso por el roce con alguna remota atmósfera.

Millones, trillones de partículas, cualquiera de las cuales sería tan grande como el «Honeymoon», se disolvieron en la negrura, algunas para formar haces de estrellas y otras para hender los cielos en forma de meteoros o aerolitos, cuya fuerza y peso aún constituían grave riesgo.

—El peligro ha pasado —musitó Ronnie, estremecido de emoción, apretando aún contra sí el cuerpo tembloroso de Kate Arden.

Se despojó de la escafandra. También le ayudó a ella a quitarse la suya.

Se mantuvieron en pie, erguidos ante el mirador. Se miraron largamente, una vez libres de escafandras. Ella no hablaba, le miraba larga y silenciosamente. Al fin, habló:

—Ronnie… Estuve vigilando toda la noche, por si te ocurría algo. Cuando creí que nada podía pasar… entonces llegó el peligro. Quise impedirle el paso, junto con mi enfermero. A él, le mató. Yo… fui golpeada y me llevó consigo. Te debo la vida, Ronnie…

—Olvida eso, Kate… —Seguía estrechándola con sus brazos y ella no protestaba—. Lo importante es que todo siga igual, que tú y yo estemos vivos aún… sobre todo tú. Algo providencial veló por nosotros…

—¡Oh, Ronnie! —musitó ella, hundiendo el rostro en el pecho del joven.

Gregory acarició sus rubios cabellos, alzó su carita hacia él… y la besó. Ella le devolvió apasionadamente la caricia. Pero de pronto, se apartó de él con viveza.

—No, Ronnie, por favor… —suplicó, en un murmullo—. No tenemos derecho a esto… Yo, no.

—Ya. Aún existe Albany en el mundo; ¿verdad, Kate? —murmuró amargamente el joven.

—Sí, existe. Él es un gran chico, Ronnie. Vamos a casarnos cuando regresemos… Johnny no merecería esto por mi parte.

—¿Así que gana Johnny? —El joven fotógrafo se encogió de hombros, abatido—. Bien está, Kate. Sé perder. Es un hombre muy afortunado cuando te merece a ti. ¿Por qué no te quedarías en

Albany?

—Siento que esto haya ocurrido —las lágrimas humedecieron los ojos de Kate—. Cuando vuelva a Albany, ya no será igual. Creo que serás una sombra de mi felicidad, Ronnie.

—Eso no, Kate. Pido a Dios que seas feliz con él. Mereces serlo, pequeña…

Se encaminó al interior de la nave, sin esperar a que ella le siguiera. Kate lo hizo en silencio, con el rostro bajo y sin poder contener el llanto. Era malo enamorarse de un hombre y querer ser leal a otro. Pero Ronnie no entendería nunca que aquello era lealtad. Para él, el amor verdadero de Kate estaba en Albany. Si supiera que era en el «Honeymoon» donde existía ahora el gran amor de la doctora Arden…

Ella se mordió los labios y dejó de dar rienda suelta a sus sentimientos. El peligro había pasado ya. Tenía que volver a ser la mujer serena, dueña de sí, impasible y hermética a todo sentimentalismo perjudicial para su labor a bordo.

Ahí estuvo el gran error de todos los tripulantes del satélite: creer que el peligro había desaparecido, cuando en realidad lo tenían encima, y al día siguiente caería sobre ellos, con la violencia trágica de lo imprevisto.

* * *

—Martin Brand era una especie de loco muy peligroso —informó Johnson al personal reunido en el salón central—. Con serenidad, su pacifismo podía ser beneficioso, como todo lo que se asienta en bases de amor al prójimo y de larga paz entre los hombres. Pero era un desequilibrado que llevó sus ideas muy lejos, convirtiéndolas en un error fanático, enemigo de todo progreso, porque en todo avance científico, técnico o mecánico, veía un posible motivo de guerra, de destrucción. Su mente enferma deformó esa idea, según nos lo demuestra detalladamente el informe de la doctora Arden. A ella es a quién menos sorprendió la identidad del responsable, el fallo en las barreras magnéticas protectoras, y de la desaparición de Rowland, porque su informe clínico señalaba pequeñas deficiencias mentales en nuestro observador meteorológico. Él supo, igual que Rowland, la existencia

de un mundo suelto, sin sujeción a las leyes universales de gravitación, por alguna hecatombe que siempre ignoraremos porque ocurrió a cientos o miles de
años-luz
de nosotros. De todos modos, han fallado nuestros dispositivos de observación astral, y deberemos rectificar errores. Cuando el choque parecía inminente, el profesor movió los motores de emergencia de la nave, para huir a nuestra órbita actual y escapar al dominio gravitador de Luna y Tierra. No sé si se hubiera logrado, ni la suerte que hubiésemos corrido, perdidos en el vacío y lejos de todo contacto humano, porque la desintegración del gran meteoro o mundo en llamas, evitó la posibilidad desesperada que se intentó. De ahora en adelante, señores, extremen precauciones. El peligro puede llegar en cualquier momento y de cualquier parte. A todos se les exige mayor esfuerzo aún que hasta hoy.

En términos generales, eso fue todo. La gente se dispersó, no muy feliz, por la amplitud de la gran nave espacial. Se sabía que en la Tierra habían sido informados ya por radio de lo ocurrido a bordo, así como del magistral film captado por las cámaras del «Honeymoon» sobre la catástrofe sideral. Ronnie tenía, que revelar inmediatamente el trabajo hecho por las cámaras automáticas situadas en el exterior, y eso le llevó toda la mañana, encerrado en su gabinete de trabajo. Resultó una soberbia película en color con el fin del gigante de los espacios. Ronnie, satisfecho de su labor, se dispuso a llevarla a la cámara personal de Von Kruger, siguiendo instrucciones.

Entonteces fue cuando ocurrió todo.

Abrió la puerta, y en el acto retrocedió, tambaleándose, y de su mano escapó el cilindro metálico con el film. La luz inundó con una rapidez e imprevisión desconcertantes, todo aquello que poseía una abertura, mirador o teleobjetivo apuntado al cielo. Se hizo cegadora, y a la vez, los altavoces emitieron la alarma, aunque mezclada a raros zumbidos e interferencias que hacían casi imposible oír otra cosa que palabras sueltas:

—¡Alarma… veloz meteorito… no grande… totalmente azul… acaso proceda… mundo gigante… desintegrado!

Las sirenas hubieran resultado cómicamente roncas, de no mediar la gravedad de la situación. La claridad azul hería las

retinas, las quemaba casi con su intensidad. Era el azul más crudo, violento y helado que Ronnie recordara jamás haber visto. Él hubiese jurado, de poderlo confirmar con más amplitud, cosa que no permitía el mismo fulgor deslumbrante de la luz, que aquel azul ni siquiera existía en la gama de tonalidades conocidas en la Tierra. Podía ser blanco, morado, rojo, amarillo, o una endiablada mezcla de todo ello, pero con un azul espectral, diáfano y lacerante.

Cayó de rodillas, llorándole los ojos escocidos y ciegos, se cubrió con los brazos, aunque no parecía barrera eficaz contra aquel azul increíble y candente. El calor dentro del «Honeymoon» se hizo insoportable. Ronnie sintió latir sus sienes, se congestionó el rostro, y apenas pudo respirar. De pronto, el impacto brutal, seco y desgarrado, llegó hasta sus aturdidos sentidos.

El satélite, entero vibró de lado a lado, el gigantesco anillo debió dar un tumbo fantástico en el vacío, y el corte violento de la piedra errante sobre la superficie compacta del material plástico, de las aleaciones metálicas y de cuantas capas de seguridad formaban el cuerpo de la estación anular arrojada al espacio por los terrestres, pudo ser percibido con escalofriante claridad en todo su recinto.

Se detuvo el sonido de sirenas, las llamadas de los altavoces y la luz interior se apagó, sustituyendo una profunda oscuridad a la azul luminosidad anterior.

El meteorito continuó su marcha por el espacio, desviado por el choque con el satélite, en cuya superficie se abría una desgarradura tremenda, por la que huía el aire y, con él, la vida de sus ocupantes.

Dio un par de tumbos en el vacío, antes de recobrar una estabilidad precaria, alejado de su órbita original por el impacto del meteorito. Para entonces, Ronnie Gregory nada sabía ya de cuanto estaba sucediendo en torno suyo, porque había caído sin conocimiento en el pasillo, no lejos de donde el desgarrón permitía escapar el oxígeno acumulado dentro…

CAPÍTULO VII

EPIDEMIA



onnie recuperó el conocimiento encima de la mesa de operaciones de la doctora Arden. Fue el rostro, pálido pero sereno, de la joven, el primero que vio al abrir los ojos. Y sin contener su ansiedad ni siquiera el vivo ademán de ella, se irguió, preguntando, con marcada ansiedad:

—Kate, Kate, ¿qué es lo que ha ocurrido? ¿Cuál es nuestra suerte?

—Vamos, reposa, Ronnie —le invitó dulcemente ella, apoyando sus manos sobre los hombros y echándole atrás, hasta que sintió bajo su cabeza el apoyo de la mesa—. Nadie sabe aún cuál será nuestra suerte. Walker y sus ayudantes están tratando de taponar la brecha, junto con Craig y otros voluntarios que se sienten con ánimos de flotar en el espacio, cubriendo las grietas producidas por el aerolito al rozarnos. Por suerte, éste pasó de largo, perdiéndose

en el vacío, sin haber llegado a perforarnos. De todos modos, el aire escasea, se pierden cantidades enormes por las aberturas, y tendrán que recurrir pronto a las reservas, si no se tapan huecos. Ése es el estado de la nave. Ahora, sigue ahí, mientras procedo a curarte. Te has hecho una brecha casi tan grande como la del «Honeymoon», al darte con los tubos de oxígeno del corredor donde te encontrabas.

—Eso me tiene sin cuidado. —Ronnie saltó ágilmente, y dijo—: Si necesitan voluntarios de cabeza firme, allá voy yo. Ya me curarás luego…

—¡Pero, Ronnie, no puedes irte en ese estado! —protestó ella, tratando de detenerle.

Ronnie alcanzó el exterior, corrió por entre apresurados y febriles tripulantes, en busca de Johnson. Dio con él en un pasillo, donde un tabique de emergencia, impenetrable, impedía la salida del oxígeno.

—¡Yo puedo salir a ayudar a Walker, señor! —dijo el joven fotógrafo con energía.

Johnson miró su cabeza herida, pareció a punto de negarse, pero finalmente, aprobó:

—Está bien, adelante, Gregory. Y tenga cuidado… Scott le dará un traje espacial.

Se vistió rápidamente con un amplio «mono», ligado al satélite por un fuerte cable de «nylon», se ajustó la gran escafandra, tomó en sus manos los instrumentos de reparación y salió al vacío por la compuerta central de la esfera.

Era una nueva emoción, increíble y prodigiosa. Flotaba en la negrura del vacío, como si tuviera alas. Incapaz de caer a parte alguna. Otros hombres, con escafandra y «mono», gateaban sobre el gran anillo, soldando rápidamente las grietas, aplicando piezas enormes de plástico metalizado, resistente a toda presión o impacto que no tuviera la violencia de un meteoro.

Ronnie se admiró de que todo aquello fuera real, posible. De que bajo sus pies, flotando en el espacio, apareciese la redondez verdosa de la Tierra, su planeta, lejano como un mundo desconocido. Y por encima, astros perdidos en la inmensidad sideral, grupos de luces y manchas luminosas formadas por miles y miles de astros o mundos.

Avanzó, a impulso de su propio cuerpo sin peso, hasta unirse a los obreros. Walter, con un «mono» rojo que le distinguía de los

demás, le hizo una seña enérgica, señalando el lugar donde eran precisos sus servicios.

Las pesadas botas de Ronnie, dotadas de unos poderosos imanes, se adhirieron a la superficie del anillo. Lenta y torpemente, como un buzo bajo las aguas, pisó sobre el bruñido satélite, hasta unirse en la ardua tarea a los demás. El enorme peso de las bombas de oxígeno sobre su espalda, era nulo en aquel punto sin gravedad ni presión de aire.

Trabajosamente, durante horas enteras, siguió la labor en las capas superiores del «Honeymoon», hasta cubrir por completo los desperfectos enormes producidos por el roce del vertiginoso meteoro azul, fragmento sin duda del gigante desintegrado en otros espacios.

La Providencia había estado con ellos en ese trance. Existieron apenas tres o cuatro probabilidades entre ciento de salir con vida del cataclismo.

Y estaban vivos…

Ronnie regresó al interior del satélite con los últimos obreros de Walker, fatigado, pero satisfecho. Craig refirió que se habían perdido casi tres mil kilos de aire respirable, lo cual obligaría a forzar la producción de oxígeno de las algas, ya que el consumo, por persona residente en la espacionave, era de unos 1370 gramos de aire, cantidad necesariamente imprescindible…

El joven no entendía demasiado estos tecnicismos, pero las cifras eran elocuentes, y el mayor peligro estaba, precisamente, en la producción normal de oxígeno. O, al menos, eso creían ellos. Entonces, aún no había surgido *lo otro*, lo que haría desplazar el problema del aire a un segundo término en importancia.

Ronnie Gregory no olvidaría fácilmente en lo que le restara de vida el momento preciso en que *aquello* hizo su aparición dentro del satélite artificial terrestre.

Fue al día siguiente del impacto del aerolito sobre ellos. Primeramente, Hunter advirtió la existencia de una fuerte radiactividad a bordo. Los contadores Geiger marcaron frecuencias radiactivas formidables, y los altavoces extendieron la noticia por el satélite, pidiendo a todos, precaución contra esa radiactividad inusitada, posiblemente producida por el momento de fricción con el meteoro, y recomendando el examen médico, para no poner en

peligro el estado de salud de los tripulantes.

—Evidentemente, no tenemos suerte —comentó durante la comida Percy Scott—. Primero, sabotajes, luego, el peligro de un choque, el choque real después; y ahora, la radiactividad. Soy de los que creen que nunca volveremos con vida a la Tierra.

—Muy optimista —gruñó de mal humor Walker—. Si todos pensáramos como tú, le iba a ser muy difícil a von Kruger llevar esto a buen puerto.

—¿Puerto? —Craig rió, solidarizándose con el pesimismo de Scott—. Ni siquiera tenemos puerto. Los que vayan a la Luna en el futuro, tendrán al menos, su destino fijo, Pero nosotros, decidme, ¿tenemos algún fin concreto? Sólo rodar, rodar y rodar, hasta que algo nos envíe al infierno. Lo cual puede ocurrir en cualquier momento.

—Seremos relevados más adelante, Craig —intervino secamente Ronnie—. Si esto dura, habrá otras tripulaciones que nos suplan. No sé a qué viene tanto recelo y temor.

—Gregory tiene razón —corroboró la doctora Arden, desde su mesa—. Si estamos pasando todos estos peligros, no sé a qué viene temer cosas peores. Además, nos hemos arriesgado a lo que fuese, con tal de formar parta de este primer satélite habitado. No nos quejemos ahora de lo que ya sabíamos al ascender hacia aquí.

Callaron y la comida prosiguió en silencio. Ronnie dirigió una sonrisa de simpatía a la doctora, que ella respondió débilmente. En el fondo, ellos tampoco estaban tranquilos, pero no eran de los que gustaban de expresar sus temores en voz alta.

—Ya pueden venirnos adversidades —rió de repente Walker—. Somos lo bastante fuertes como para vencerlas todas. El hombre será el amo del Universo bien pronto…

Entonces sucedió. Ronnie estaba mirando con cierta ironía a su compañero, mientras alardeaba de la valía humana, cuando le vio detenerse, respirar con la boca muy abierta, como si se ahogase, y mirar fijamente al vacío, manoteando desesperadamente. Enrojeció, sus ojos se inyectaron en sangre, gorgoteó algo entre dientes, siniestro y sin sentido, para ponerse en pie con desesperación, derrumbándose luego con asiento y todo, en tierra.

Todos se quedaron inmóviles, asombrados ante lo ocurrido. Eficiente como siempre, Kate fue la primera en ponerse en pie,

corriendo hacia el caído. Se inclinó sobre él, examinando sus pupilas dilatadas, su boca abierta y el violáceo rostro. Luego, le tomó el pulso.

Asombrada, se puso lentamente en pie. Todos habían dejado de comer en el salón, y miraban al caído y a la doctora Kate Arden, que manifestó secamente:

—Está muerto…

¡Harry Walker muerto! Y precisamente cuando hablaba de la grandeza del hombre. A Ronnie le produjo un escalofrío de invencible horror, y sólo atinó a preguntar:

—Pero… pero ¿de qué, Kate? —En realidad era la pregunta que todos deseaban hacer.

—No lo sé —ella se mordió los labios, perpleja—. Parece una congestión cerebral o cosa así. Acaso sea una embolia o una trombosis coronaria. No sé qué puede ser. De un modo u otro, ha muerto en el acto. Avisen a Peter Johnson, por favor.

Lionel Craig salió corriendo, sin esperar a más. Los restantes esperaron en silencio, mientras alguien cubría el cuerpo del explorador muerto con un mantel. La doctora examinó más intensamente al caído, sin que en ningún instante se borrara de su rostro la expresión de estupor sin límites que primeramente mostrara.

Llegó Peter Johnson acompañando a Craig, y con dos hombres de a bordo. El nuevo examen del caído no añadió nueva luz a su sorprendente fin. Se retiró el cuerpo en silencio, llevándose al consultorio de la doctora Arden, hasta su posterior cremación, conforme a las leyes de a bordo. Ronnie regresó, cabizbajo, a su cabina.

Estuvo trabajando hasta bastante tarde con su «robot». Luego, hastiado, lo dejó de nuevo donde estaba, apuntando con sus ojos luminosos a la nada, y se dispuso a revelar fotografías de observación estelar entregadas por Hunter.

Golpearon de pronto con los nudillos en la puerta. Ronnie acudió a abrir, y la doctora Arden, lívida y tambaleante, apareció en la puerta, apresurándose a entrar en la cabina, mirando a Ronnie con aíre abstraído. El joven, alarmado, no supo qué hacer.

—Pero, Kate… —murmuró finalmente, ayudándola a sentarse—. ¿Qué te sucede? Ni que hubieras visto un fantasma…

—He visto algo peor, Ronnie —la mirada de la joven se clavó en él, angustiada—. Acabo de ir al laboratorio para examinar el cadáver de Walker…

—¿Y bien?

—¡Es horrible, Ronnie, es horrible! —gimió de pronto, estallando en un inesperado sollozo—. ¡No he tenido valor para ir a contárselo a nadie! Sólo a ti te lo puedo decir; temo que no me crean…

—Pero, Kate, por amor de Dios, ¿qué es lo que sucede? Dilo de una vez…

—Se trata de Walker, Ronnie. Del pobre Walker, a quien todos vimos caer, congestionado, como fulminado per un ataque cerebral o cardíaco, repentino… ¡*Aquello* que está en mi mesa de trabajo no puede ser Walker, no puede haberlo sido *nunca*!

A Ronnie se le erizaron los cabellos. Las palabras de Kate carecían de sentido, parecían puro histerismo. Después de muerto, nadie se cambia en nada distinto a lo que era en vida, pero Ronnie adivinó algo terrible, espantoso, tras la voz rota de la joven. Sabía que era serena, dueña de sí, no una histérica visionaria. La aferró por los hombros, sacudiéndola con furia.

—¡Vamos, vamos, serenidad, Kate! —pidió rudamente—. ¿Qué es lo que le pasa a Walker?

—No puedo… no puedo describírtelo… Será mejor… que vengas conmigo a verlo… —gimió.

Ronnie no tardó ni un segundo en salir, casi teniendo que tirar de ella, tal era la repugnancia de la doctora a mostrarle los restos de Walker… o lo que hubiera en su lugar.

Llegaron al laboratorio. Kate respiró hondo, antes de abrir la puerta. Estaba pálida como un muerto, y le temblaba la mano. Ronnie apretaba un brazo suyo, con fuerte aliento.

Les esperaba una gran sorpresa, porque la mesa: del quirófano estaba vacía, con la blanca tela que cubría a Walker caída en tierra. Ella gritó, a punto de desvanecerse. Ronnie la sujetó, penetró, cerrando tras de sí, y se quedó mirando la sala vacía.

—Aquí no hay nada, Kate —dijo duramente—. ¿Qué era lo que había ahí antes?

—Una masa… una masa azul, en forma de hombre, pero sin rostro, ni manos, ni nada…

Aquello sonaba a grotesco, a increíble. Ronnie, sin embargó, se quedó con la vista fija en la sábana blanca que cubriera el cadáver. Algo azul fosforescente, manchaba su albura.

Inclinóse vivamente, soltando a Kate Arden. No tocó la rara substancia borrosa, azulina, casi invisible. Se irguió, mirando la mesa. También un leve rastro azulado, como un polvillo tenue, cristalino, impalpable, manchaba el cristal y el metal.

Ceñudo, y mucho menos sereno de lo que llegara, se volvió a Kate, que se apoyaba en la pared, mirando en torno con vivo terror. Tuvo que sacudirla, al preguntar:

—¿Ese cuerpo azul que tú viste ahí… *podía* haber sido antes el de Walker?

—Sí… tenía su forma, sus dimensiones… pero no era., *no parecía humano* en nada.

Ronnie suspiró. Aquello era una historia de locos, y de locos les tacharía von Kruger si se enteraba de todo ello. Pero había que comunicarlo a alguien. Un cuerpo humano no podía volverse azul, ni siquiera en aquel satélite, y mucho menos, recobrar la vida después, dedicándose a pasear por el «Honeymoon». La idea le estremeció.

—¡Vamos, hay que ver a von Kruger! —dijo resuelto—. ¡Inmediatamente!

* * *

Hermann von Kruger y Peter Johnson les escucharon con evidente incredulidad. Había un dato cierto a favor: el de la desaparición de Walker, y también el polvillo azul hallado en la tela y la mesa. Pero era pobre evidencia para una historia tan fantástica.

—Señorita Arden —dijo suavemente von Kruger, mirando a la joven—. Últimamente, hemos sufrido serias alteraciones nerviosas a bordo. Es posible que todos estemos algo trastornados. Por tanto, reflexione un poco. ¿Usted *vio* a Harry Walker azulado por la muerte, o creyó verlo así? ¿Está segura de que no pudo sufrir un ataque cualquiera, extraño para nosotros, los sabios de la Tierra, del que se ha repuesto, y ahora está en algún lugar de la nave, perfectamente sano y salvo?

—Señor, yo *sé* que estaba muerto, cuando le examiné en el

comedor —dijo ella gravemente—. No cabía duda: ni pulso, ni latidos, ni circulación sanguínea. Luego, el cuerpo que vi en la mesa pudo ser el de él, pero no tenía rostro ni manos, ni forma alguna, salvo las proporciones y silueta de una figura humana… en embrión.

—¿En embrión? —Von Kruger mostró cierto interés, algo escéptico aún—. No entiendo…

—Quiero decir que era como una figurilla en barro… sin cuerpo ni forma concreta aún. Una evolución hacia la forma humana completa sin lograr aún… aunque posiblemente al revés, *perdiendo* su forma primitiva.

—Parece una fantasía de escritor truculento —rió Johnson, sin la menor convicción.

—Entonces, busquen a Walker. Si está vivo y normal, o aparece su cuerpo, me convenceré de que sufrí una alucinación —mantuvo rígidamente ella.

Von Kruger y Johnson se miraron, encogiéndose de hombros. El profesor tomó el teléfono y pidió al personal que buscara todo posible rastro de Walker, vivo o muerto. Le debieron responder con mucha extensión, porque escuchó. Luego, su rostro se ensombreció, miró con estupor, a ambos jóvenes, y luego colgó, sin comentar nada. Hubo un silencio premioso. Johnson avanzó, en demanda de explicaciones. Von Kruger habló lentamente:

—Algo espantoso ocurre a bordo, doctora Arden. Dos hombres más han muerto en la sala de observación, ante los ojos de Steve Hunter. Ambos con iguales características que Walker, congestionados y mirando al vacío con expresión de angustia. Vamos allá todos, por favor.

Ronnie y Kate se miraron, estremeciéndose. Si algo ocurría a bordo del «Honeymoon», si la muerte de Walker era el principio de una epidemia de muertes similares… y a esas muertes seguía el horror azul descrito por Kate, y que Ronnie creía ciegamente, un peligro alucinante, atroz, les acechaba allí mismo, dentro de su reducido mundo sin salida.

Los cuatro se encaminaron al gran estudio de observación de Hunter, Un gran toldo cubría dos formas tendidas en tierra. Hunter, mortalmente pálido, refirió que todo había sucedido igual que con Walker. Los dos ayudantes se hallaban perfectamente, cuando

enrojecieron, como congestionados, desorbitaron sus ojos, manoteando al aire, y terminaron por caer, sin el menor signo de vida.

Von Kruger alzó la tela, comprobando el estado de ambos. Su muerte no admitía dudas. Y no debió de ser muy agradable, como en el caso de Walker, también.

Ya iba a cubrirlo von Kruger, cuando Ronnie se adelantó dramáticamente, señalando al cuero cabelludo de uno de los cadáveres.

—¡Miren! —gritó horrorizado—. ¡Vean ese cabello, por favor!

La doctora Arden, von Kruger y Johnson, así como el propio Hunter y sus otros tres auxiliares, miraron hacia el lugar que Ronnie señalaba con tal ansiedad. Un hálito de horror, de miedo a lo desconocido, aleteó en la sala.

El cabello y la piel capilar de ambos muertos iban tornándose de un azul extraño y lívido, brillante como el cristal.

El teléfono interior sonó, insistente. Hunter se anticipó, acaso porque ignoraba lo que von Kruger y los otros sabían ya, más dueño de sus actos. Preguntó algo, lanzó una interjección, y cubrió el auricular con la mano, volviéndose a von Kruger.

—¡Profesor! —jadeó estremeciéndose—. Se trata de Scott, nuestro mecánico…

—¿Qué le ocurre? —Inquirió sordamente el profesor, sin quitar los ojos de las floraciones azules—. No puedo atender ahora a nadie…

—Scott no necesita atención ya, profesor… Ha muerto, igual que Walker y que mis hombres… congestionado súbitamente, en el departamento de reservas de oxígeno.

Hasta una mujer como Kate tiene su límite. Ella lo alcanzó… y cayó en brazos de Ronnie, sin conocimiento.

Todos los hombres presentes en la habitación se miraron unos a otros, como preguntándose quién sería la próxima víctima.

CAPÍTULO VIII

EL VIRUS



as horas que siguieron fueron auténticos momentos de pesadilla para los tripulantes de la estación terrestre del espacio. Hasta entonces, se había luchado al menos contra peligros físicos, tangibles. Brand y su misma locura pacifista, no era sino un riesgo que se podía combatir. Igual que un meteoro o una avería en el cuerpo celeste del «Honeymoon». Pero aquella epidemia alucinante, aquella enfermedad azul, que atacaba de pronto, mataba en el acto y después azulaba los cuerpos, desintegrándolos posteriormente… era algo indescriptible, contra lo que la ciencia de la doctora Arden, de Johnson o de von Kruger, nada podían. No había remedio conocido.

Demasiado tarde advirtieron que fue un error acudir todos a ver el cuerpo de Scott, dejando en la sala de observación espacial a los dos muertos. Cuando regresaron, no estaban ya allí, y un polvillo

vidrioso, de un azul sorprendentemente luminoso, era el único rastro dejado por sus cuerpos, evaporados misteriosamente.

Von Kruger no quería alarmar a los habitantes de su pequeño cosmos, pero no iba a haber otro remedio que avisarles del peligro latente, contra el que, por desgracia, no podía darse antídoto o fórmula alguna para combatirlo. Del examen de los cadáveres, von Kruger sacó una única conclusión. El virus, fuese cual fuese, atacaba a los seres vivos, bloqueando su circulación sanguínea, taponando sus venas y arterias rápidamente, penetrando acaso en la respiración, lo cual justificaría la actitud de desesperada lucha de los moribundos atacados por el terrible e invisible mal.

Se ordenaron rápidos análisis, eficaces aislamientos, cierre total de puertas, sin permitir a nadie el paso de un departamento a otro, para evitar propagaciones demasiado rápidas.

El polvillo azul se envió a los laboratorios, para su análisis inmediato, así como el cuerpo de Scott. Un informe espeluznante de los médicos y cirujanos de a bordo, indicó a von Kruger, cosa de dos horas más tarde, de la desintegración de Scott en una materia blanda, azul, que se guardaron de tocar, y su absorción increíble por el mismo aire, evaporándola en cosa de segundos, ante el pasmo horrorizado de médicos y técnicos.

Ronnie, junto a la doctora Arden, von Kruger y Johnson, se había convertido en un colaborador más del grupo. Asistía, aterrorizado, al progreso espantoso y fulminante de la rara epidemia. Advirtió el desaliento de von Kruger, cuando de los talleres de generación gravitatoria se le avisó de la muerte repentina de tres hombres, presa de igual dolencia.

Cuando, aquella misma noche, los casos de defunciones aumentaron a once en el «Honeymoon», en el despacho de von Kruger, cerrado herméticamente a todo visitante, y ocupado tan sólo por Ronnie, la doctora Arden, Johnson y el profesor, unidos estrechamente en la pavorosa adversidad, cundió el desánimo. Von Kruger miró tristemente a Johnson.

—Hay que comunicar urgentemente con la Tierra, Peter —dijo el hombre de ciencia—. Necesitamos socorros sanitarios, equipos especiales de medicamentos, y personal, y acaso se haga preciso en las próximas horas, si la enfermedad cunde, desalojar nuestro satélite. Todo depende de lo que el próximo día nos reserve.

La noticia cayó como una bomba. Ronnie y Kate se miraron, desalentados también. De pronto, el joven fotógrafo objetó algo sensato y a la vez terrible:

—Profesor, ¿y si los que volvamos a la Tierra llevamos con nosotros ese virus y su enorme contagiosidad? Inundaríamos el planeta de cadáveres azules… y de Dios sabe qué horror devastador.

Von Kruger miró con admiración al joven.

—Es cierto, Gregory. Ha apuntado usted una razón de espantosa lógica. No podemos abandonar el «Honeymoon», sea cual sea nuestra suerte. Hemos venido preparados contra rayos infrarrojos, ultravioletas, cósmicos, solares, presión insuficiente, falta de aire, polvo estelar y todo lo demás. Pero no hemos pensado en una enfermedad así, nacida en estos lugares e introducida sabe Dios cómo. Lo terrible no es sólo el virus, sino sus efectos. ¿Por qué han de desintegrarse los cuerpos muertos? No hay razón clínica ni humana para ello, no existe explicación concreta.

—Y la enfermedad, más que ser difundida por los que la sufren, profesor, parece flotar entre nosotros, *vivir* en el aire —observó súbitamente Kate, mirando al vacío con un temor que hubiera podido parecer infantil, pero que a nadie causó risa—. Es como un polvillo, como algo impalpable…

—¡Polvillo! —Ronnie soltó un puñetazo sobre su rodilla—. Eso es lo que encuentra uno por todas partes: polvillo, como rastro único de esa muerte. Polvillo de ese color en la piel, cristalizándola y borrando sus formas reales… Puede ser una enfermedad en forma de polvo, virus flotante en el aire, invisible e intangible…

—Su azul me recuerda al de la luz del meteoro que nos golpeó-remachó a su vez Johnson, siguiendo aquellas disparatadas teorías, que en el fondo no parecían tanto disparate. —¿Sería posible que aquel fragmento de mundo azul nos trajera la plaga a bordo?

—Mi querido Johnson, aquí todo parece posible —dijo con gravedad von Kruger—. El Universo nos está enseñando ahora, muy duramente por cierto, que hemos vivido siglos enteros apegados a ideas equivocadas, a conceptos rígidos sobre la vida en general. Aquí, en el espacio, puede haber mundos azules y remotos donde existan formas de vida distintas a las imaginadas per el hombre. Usted, Ronnie, me dijo que Walker hablaba de la superioridad y grandeza del hombre, de su futuro dominio de los mundos, cuando

cayó fulminado. Una rara coincidencia… o no coincidencia. Imaginemos un virus *vivo*, algo que flota en el aire, invisible a nuestros ojos e inapreciable a nuestros sentidos, limitadísimos por cierto, y que ataca al hombre, a quien ve como enemigo o invasor de su modo de vida, de sus dominios.

—Pero, profesor. —Johnson miró a von Kruger con estupor—. ¿Está usted sugiriendo que el mal que nos ataca ahora, puede ser *consciente*?

—La doctora Arden, con una sutileza muy femenina, me ha dado la idea al decir que le da la sensación de *vivir* entre nosotros —von Kruger miró al vacío con aprensión—. Yo, en ese momento, he percibido un raro golpe en mis nervios, en mi cerebro, como si la sugerencia de la señorita Arden fuera *peligrosa* para *algo* o alguien, y ese algo tratara de rechazarla vivamente, provocando un circuito magnético mental. No soy hombre de corazonadas, sino de hechos comprobados y de teorías factibles. Muchas veces sostuve que las formas de vida en mundos remotos serán posiblemente tan distintas a lo que entendemos por *vida* en la Tierra, que nos horrorizaría su sola visión. Si, como dice la doctora, la enfermedad no se contagia por el vehículo humano, es que *está* en el aire, recorre el satélite, *viaja* por él, atacando al hombre, que ni siquiera puede defenderse. ¿Por qué? No lo sé. ¿Cómo ataca? Tampoco puedo decirlo. Espero que…

Sonó el teléfono. Von Kruger lo tomó con rapidez. Se había encendido el indicador de los laboratorios. Ello marcaba el origen de la llamada. Von Kruger escuchó. Luego, lentamente, demudado y con ojos centelleantes, colgó, volviéndose a Ronnie y los demás.

—La teoría toma forma por momentos, mi querido Johnson —dijo lúgubremente—. Ese polvo azul tiene vida, absorbe aire y *respira*, como un vegetal carnívoro o un tejido humano. Y, lo que es peor, se va *desintegrando*, hasta desaparecer, en espacio de segundos apenas.

—¡Dios mío! —Johnson cayó en su asiento, demudado—. Es alucinante…

—Dicen que parece absorbido por el aire, por la nada, igual que los cuerpos atacados por ese extraño mal. Su naturaleza no es mineral, vegetal ni animal, aunque parece tener mezcla de toco ello. Y… esto le interesará más a usted, Gregory, antes de evaporarse por

completo, se torna violáceo, luego es visible a los rayos ultravioleta, para volatilizarse después, incluso en esa luz.

Ronnie se irguió, asombrado. Una Idea alocada estaba bullendo en el fondo de su cerebro, y ahora llegaba la noticia de von Kruger a confirmarlo. Exclamó, atónito:

—¡Sigue la evolución de las líneas cromáticas de Fraunhofer, entonces! ¡El azul es el color que precede al violeta, después de éste va el ultravioleta y luego… lo que ningún ojo humano puede percibir, el límite del espectro!

—¿Pensaba usted ya en ello? —Interrogó suavemente von Kruger, mirándole con fijeza.

—Aproximadamente; profesor. Estaba pensando que un polvillo azul sería visible por todos nosotros si flotaba en la atmósfera de nuestro satélite. En cambio… si ese polvillo existe, al margen del espectro y sus bandas de color conocidas, sería *invisible* para nosotros, flotaría, real y con forma propia, pero en una zona de luz que no podemos ver. Parece increíble, pero…

—Muchas otras cosas lo parecen también, Ronnie —asintió von Kruger—. ¿Cómo va su invento de un «robot» que fotografíe fuera del espectro visible al ojo humano?

—Aún no está logrado. Temo haber fracasado, profesor…

—Lo celebro —dijo inesperadamente el sabio—. Si usted fuera capaz de obtener fotografías en ese campo luminoso… correría un serio peligro en estos momentos. Hemos dado por supuesto que es un virus *consciente, vivo* y con la fantástica posibilidad de leer en nosotros. Vale más que deje sus experimentos en ese terreno.

—Sería una solución para descubrir la enfermedad, si tiene forma y vida como usted cree.

—Y sería una forma de quedarnos sin Ronald Gregory inmediatamente. Aleje esas ideas. No me gustaría que sus pensamientos pudieran ser *leídos* y destruidos acto seguido.

Eso, en boca de alguien, hubiera parecido absurdo. En la de von Kruger, atemorizaba, Polvo asesino, enemigo del hombre, flotando fuera de su visual, pero capaz de verles a ellos y apoderarse de sus vidas, absorbiendo luego los cuerpos en su campo de luz. Una explicación plausible de la desaparición de los cadáveres y su transmutación azul: Pero a todas luces inverosímil, fabulosa…

* * *

Controlando sus pensamientos cuanto le era posible, como si de verdad hubiera ojos invisibles acechándole en el aire, Ronnie regresó aquella noche a su cabina. La doctora Arden tampoco quiso permanecer encerrada en el despacho de von Kruger, a pesar del riesgo que corría todo el satélite.

El joven fotógrafo penetró en su habitación, cerrando con rapidez tras de sí, y en el acto encendió la luz ultravioleta, apagando la normal. Se puso las gafas, y estudió alrededor suyo. No apreció nada en el aire, ni polvillo, ni humo, ni nada sospechoso que inspirara temor. Casi le produjo hilaridad su absurda teoría, influenciada por las ideas febriles de von Kruger. Sabio o no, el inventor del «Honeymoon» tenía demasiada imaginación. Luchaban contra una enfermedad vulgar, evidentemente, por mortal que resultase.

Aburrido, tomó el «robot», cuyo mecanismo pusiera en funcionamiento antes, y lo detuvo, extrayendo la película tomada, que se dispuso a revelar, para confirmar, una vez más, el rotundo fracaso de su proyecto.

Tuvo que dejar de pronto el trabajo a medio hacer, echar las cortinillas de su cubículo de revelado, y dar la luz, porque el timbre de alarma empezó a sonar estridentemente, como empezaba a ser ya hábito en el satélite, y la voz de Peter Johnson advirtió por los altavoces:

—¡Atención todos! ¡Atención todos! ¡Localizado origen de la epidemia por nuestros médicos! ¡Eviten todos él abandonar sus alojamientos por el momento, dado el contagio facilísimo del virus! ¡El virus existe en *todo* el satélite, penetra en los pulmones y vísceras al respirarlo, y flota sobre todos nosotros! ¡Cada cuerpo absorbido por el mal hace crecer a éste de tamaño y virulencia, porque se convierte en parte integrante del mismo, según se ha comprobado! ¡Estamos buscando desesperadamente el antídoto, porque ahora sabemos hacia dónde encaminar nuestras pesquisas! ¡Confiad en que dentro de pocas horas se pueda combatir el peligro que nos amenaza!

Ronnie dejó de escuchar. ¡De modo que habían resuelto avisar a la gente! Era más noble, pero sembrar el pánico no resolvería nada.

Sus esperanzas de un antídoto, sobradamente sabía él que eran bien remotas. Acerca del posible *crecimiento* de la enfermedad, nutriéndose de cuerpos humanos absorbidos, sin duda algún informe de los laboratorios así la hacía suponer. Las cosas empeoraban de aspecto cada vez más.

Desalentado, volvió a su labor de revelado. Cuando la película estuvo lista, la sacó del agua y la puso a secar. Miró a contraluz… y un ronco gemido brotó en su garganta.

¡No estaba oscura ni borrosa! ¡Había *fotografías* logradas! Estremecido de asombro y excitación, temblándole las manos, tomó la cinta y la miró con mayor detenimiento.

En el campo ultravioleta, o acaso más allá de la luz ultravioleta, donde el ser humano no podía penetrar, en una auténtica cuarta dimensión de la luz y el color… ¡había formas, tonos increíbles de luminosidad y sombra! ¡Y algo *vivo*, que *se movía* en cada fotograma! Lívido, tambaleándose, llegó con la película ante un cuadro de vidrio translúcido, fuertemente iluminado por detrás. Aplicó allí la película y la miró a través de una gran lente.

Retrocedió, como golpeado por un mazazo. Estaba viendo al virus de la epidemia, al polvillo mortal, flotando en el aire, claramente visible…

Porque *tenía* que ser el virus. Su tono y vidriosidad eran los que correspondían al que dejaran los cuerpos evaporados; se agitaba en oleadas, reptaba, adoptando formas inverosímiles.

Y en uno de los fotogramas, súbita e inesperadamente… *¡había desaparecido!* Ni rastro de él era visible. Ronnie, sereno a pesar de su excitación, comprobó el número de la fotografía automática, y corrió al «robot», presa de gran agitación. Según esas últimas fotos, el polvo mortal no existía ya en su cabina. ¿Por qué?

Febrilmente, con una idea fija en su cerebro, confrontó el número de la fotografía con el de los otros dos ojos del «robot», el infrarrojo y el de Rayos X. En el momento de dispararse la placa donde se evaporaba el virus ultravioleta, se había puesto automáticamente en movimiento el objetivo de Rayos X.

Ronnie se dejó caer en una silla, anonadado por la magnitud de su descubrimiento.

* * *

Johnson se apartó, desconcertado, de la potente emisora del «Honeymoon» que establecía contacto directo con las estaciones receptoras y emisoras de la Tierra.

—No lo entiendo, profesor —dijo, con desaliento—. Ellos envían mensajes que aquí son captados sin dificultad. Pero no reciben los nuestros en absoluto. Sin embargo, dicen que perciben nuestras señales con toda claridad, y saben por ellas que a bordo sigue la normalidad. Pero nuestras voces no llegan. No sé lo que ocurre, pero no llegan…

Von Kruger frunció el ceño, examinó los controles e hizo algunas probaturas. Desesperanzado, dejó los auriculares.

—Es cierto —asintió—. Les escucho a ellos con toda perfección. ¿Ha oído usted la noticia que nos transmiten?

—Sí, señor —dijo Johnson, muy pálido—. Envían al fin el «Pioneer»…

—El «Pioneer»… —suspiró von Kruger, mirando al cielo—. Mi última obra: la astronave a la Luna. Acaso después pueda ir a Marte, ¿quién sabe? Pero no lo soñé así, Johnson. No pude imaginar que ellos la enviarían cuando nosotros tenemos apestado el satélite con una enfermedad invencible, que nos diezma y destruye, que lo absorbe todo para crecer ella. Los hombres que lleguen, morirán o se llevarán consigo, a la Luna y a Marte, el virus azul, ultravioleta o como sea. Tenemos que evitarlo, Johnson.

—Sí, pero ¿cómo, señor? No reciben nuestros mensajes. ¿Cómo avisarles?

—Eso es: ¿cómo avisarles? —Von Kruger miró la emisora, con una nueva luz en los ojos—. Es curioso que nosotros podamos recoger avisos de la Tierra, saber de ellos, y ellos no puedan saber de nosotros, ser advertidos… ¿Lo ve usted explicación a eso funcionando todo a la perfección, siendo audibles los sonidos de nuestro satélite desde abajo?

—No lo comprendo, señor.

—Yo sí. Estamos en poder de nuestra epidemia, por asombrosa que la idea le parezca. Yo dije que *vivía y entendía*, ¿verdad? Añadiré algo más: tiene *inteligencia, piensa* y lucha contra nosotros. No sólo mata, sino que obstruye las noticias, escucha las que le interesan, silencia nuestros mensajes de aviso, y espera… *espera* vorazmente la llegada de nuevos seres a quienes atacar… o con

quienes viajar a otros mundos para extenderse por todo el Universo.

—¡Dios mío! Es una teoría espantosa, que nadie creería —jadeó Johnson asustado.

—Pero la creo *yo*, y me basta. Somos sus *prisioneros* ahora. El virus nos puede ver, nos puede atacar, pero nosotros no tenemos acceso a su dimensión, a su campo visual. El ojo humano es imperfecto, mi querido amigo. Como nosotros mismos, tan orgullosos, de nuestra superioridad y grandeza. Esto nos enseñará a ser humildes. El polvo nos domina, nos vence, nos aferra como si tuviese garras. Trate usted de luchar, de enfrentarse a él, y será un simple cuerpo azul sin vida. Creo que no hay más que un medio, si el virus nos entiende como yo supongo: *rendirnos*.

—¿Rendirnos a qué? —gritó Johnson—. Yo no veo nada, no puedo rendirme a nadie… ¡Cielos! ¡Socorro, profesor! ¡Nooo!…

Von Kruger, lívido, crispado, con ojos horriblemente angustiados, asistía a la agonía rápida y espantosa de su ayudante, de su mejor hombre y amigo, Peter Johnson. Éste se congestionaba, se debatía contra el aire, tratando de luchar. Aun así habló, en un esfuerzo supremo, confirmó la idea obsesiva de von Kruger, con su balbuceo final:

—Sí… viven… entran en mí… me ahogan… *¡y se ríen, yo les veo reír!*… ¡Aghh!

Rodó dramáticamente por tierra. Von Kruger no se movió, no intentó nada. Su mente, sobreponiéndose a todo dolor, con un frío automatismo del que sólo él era capaz, empezó a pensar con fijeza, sin desviarse, en una sola cosa, en una idea concreta y clara: «*Me rindo a vosotros… me rindo a vosotros… todo es vuestro. No queremos morir*».

No sabía si sería *oído* o *comprendido*, pero tenía que intentarlo, tenía que salvar a todos, los seres de cuyas vidas era responsable, y salvar al satélite; con él, acaso también pudiera salvarse aún la Tierra y todo lo demás. Para eso tenía que esperar. Esperar al momento propicio para sacrificarlo todo, a esa carta desesperada. Si *ellos* no sospechaban nada, todavía era posible, aún cabía una última esperanza…

CAPÍTULO IX

HORAS DE ANGUSTIA



a profesora Arden se sentía sola, sola y asustada, en su cabina. La idea de que unos corpúsculos vivos flotaban en el aire del satélite en torno suyo, esperando el instante de nutrirse con su ser, no era cosa demasiado agradable ni normal.

Desde el aparato de Rayos X, caminó hasta la mesa de operaciones donde apareciera la primera forma azul, la del desdichado Walker, convertido acaso ahora en parte de aquel monstruo informe que era el virus viviente. Sintió fuertes náuseas, y hubo de apoyarse en el mueble.

—Kate.

Al sonar a espaldas suyas la voz susurrada, lanzó un grito, volviéndose en redondo con ojos de horror. Entonces vio a Ronnie, que había abierto su puerta sigilosamente. Como si fuera su tabla

salvadora, Kate perdió el control de sí misma y se lanzó en sus brazos con ímpetu.

—¡Oh, Ronnie, Ronnie, gracias a Dios que has llegado! —gimió a flor de labio—. No te esperaba aquí… ¡y me sentía tan sola y tan rodeada de peligros espantosos!

—Lo estamos, Kate, lo estamos —dijo gravemente Ronnie Gregory—. Rodeados de una nube criminal sin precedentes…

—Cuidado, no hables demasiado —ella le tapó la boca con su mano—. Pueden *oír*…

—Claro que oyen, pero no se acercarán a mí… —rió duramente el joven.

Ella, asombrada, miró a su mano. Hasta entonces no advirtió la gran lámpara que empuñaba su mano, enfocada ante sí, y con los enchufes aplicados a la gran pila generadora de energía que Ronnie se había colgado al hombro.

—No te comprendo… —musitó ella.

—Rayos X —informó escuetamente el joven—. El arma contra esos microbios vivientes: los aniquila como si fueran nieve atravesada por un rayo de sol. Y gracias a una fantástica casualidad, debemos el hallazgo de este antídoto.

—Ronnie, ¿entonces es que tu «robot» ha sido al fin un éxito?

—Sí. Fotografió ese virus a la perfección, en el campo ultravioleta. Luego, al iluminarse el objetivo de Rayos X, los destruyó en un segundo. Ahora mismo, esto los está aniquilando sin duda aquí mismo, en torno a ti, Kate. También he limpiado el camino hasta aquí. Seguro que huyen a otros sitios. Pero si es posible, pronto cada hombre y cada rincón del «Honeymoon» estarán bañados en Rayos X, para acabar con esa enfermedad azul…

—¡Vamos, entonces, hay que hacer una llamada a todo el satélite!

—Para eso necesitamos la central de radio de a bordo. Vamos a ver a von Kruger, Kate. No te separes de mí a partir de este momento. Tú y yo somos los únicos en saberlo. Si cualquiera de los dos se queda fuera de la protección de Rayos X, sería atacado en el acto. Esos corpúsculos vidriosos lucharán ferozmente por sobrevivir a su destrucción.

Kate se aferró con ansia al brazo izquierdo de Ronnie, mientras éste empuñaba con el derecho la lámpara de Rayos X, ambos

avanzaron hasta el equipo del laboratorio, y lo pusieron en funcionamiento, saliendo después al exterior. Otro rincón de la nave, donde ni un virus podría sobrevivir. Algo, similar a un silbido muy débil, acompañaba al enfoque de Rayos X, señalando en forma audible la desintegración de los microbios situados fuera de la visión humana.

Cruzaban el corredor, hacia el centro del anillo, cuando los altavoces sonaron con la voz de von Kruger. La pareja se detuvo, escuchando fascinada el mensaje terrible del creador de aquel mundo artificial:

—¡Escuchadme todos! —gritó von Kruger, en tono descompuesto—. ¡He logrado aislarme en la cabina de mandos! ¡Creo que ninguno de esos terribles microbios vivos ha logrado seguirme! ¡Al menos, el hecho de que me permitan hablar, es una razón para creerlo así! ¡Nos han desconectado *ellos* del planeta Tierra! ¡Podemos recoger mensajes terrestres, pero no emitirlos! ¡Sé que el «Pioneer» sale dentro de unas horas hacia acá, primera escala camino de la Luna! ¿Imagináis lo que será entonces la entrada de la enfermedad en el proyectil interplanetario? Acaso su retorno a la Tierra, la expansión del terrible mal Invisible… ¡Yo he dado con el medio de impedir ese horror! Pero ha de ser a costa del sacrificio de *todos nosotros*, y del «Honeymoon» con nosotros. Hemos de perecer, amigos míos. ¡Perecer todos ahora, provocando el fin de nuestro satélite, y reconociendo con ello nuestro gran fracaso, nuestra derrota en la lucha por la conquista de los espacios…! Pero ese fin espantoso a que os llevo sin consultaros siquiera, sin saber vuestro juicio sobre mí, no es sino el sacrificio que evitará el fin de nuestro mundo y de nuestros semejantes; Espero de vosotros resignación y fe en que esto es lo mejor y lo único que se podía hacer. ¡Elevad vuestras oraciones a Dios, y disponeos a perecer conmigo!

—¡No, no puede hacer eso! —gritó desesperada, Kate—. ¡Se ha vuelto loco!

—Es una locura comprensible, Kate —dijo Ronnie, lívido—. Pero hay que impedirlo, sí. Su método sería el mejor, el más digno de nuestro sacrificio por la Humanidad, de no mediar mi descubrimiento. Dios mío, ¿desde dónde llamar a von Kruger?

Penetraron en una cabina con teléfono. Sus ocupantes estaban muertos, congestionados y azulándose sus rostros espantosamente.

Kate gritó, horrorizada, y salió apresuradamente al corredor, mientras Ronnie, pegado a la pared, asestaba la luz de Rayos X sobre los cuerpos, y el aire que les rodeaba. El silbido se repitió, el azul se evaporó, y los cadáveres adquirieron un aspecto normal y humano.

En el mismo momento en que Ronnie iba a tomar el teléfono interior, oyó detrás de él un jadeo ronco, un grito de angustia. ¡Kate! Se erizaron sus cabellos, saltó desesperadamente hacia el pasillo, alcanzándolo cuando ella manoteaba contra algo que la acosaba en el aire, invisible a Ronnie. Su rostro empezaba a arrebolarse, se inyectaban en rojo sus órbitas.

El joven, sacudido de horror y desesperación, enfocó a Kate con su proyector. La bañó materialmente en Rayos X, barrió alrededor de ella el aire, pensando si sería posible salvar a tiempo la vida de la muchacha, presa del terrible virus.

Cuando Kate retrocedió, eludiendo algo que la acosaba, cuando el silbido se hizo estridente, aunque remoto, como si viniera de lejos, y la joven doctora se apoyó, mortalmente pálida en el muro, recuperando la respiración y frotándose con fuerza el cuello, comprendió que aquella batalla la había ganado justamente a tiempo.

Los ojos de la joven se clavaron en él. Era tanto y tan hondo lo que ellos reflejaban, que sus palabras, roncas y escasas, sobraban en su elocuencia:

—Gracias… Ronnie… vida mía… Mil gracias…

—¡Vamos, Kate, no te sueltes de mí por nada del mundo! —gritó él enérgico—. ¡La muerte está en todas partes, hay que luchar contra ella despiadadamente! ¡Pero sabemos ya que se la puede vencer, que el hombre aún puede ser el más fuerte!

Algo empezó a fallar en el satélite. Hizo un extraño movimiento, agitándose en el espacio. Ronnie y ella cayeron por tierra, teniendo que asirse el uno al otro, para no rodar lejos. Era como cuando un automóvil a toda velocidad, recibe un brusco frenazo. Acaso los motores internos del «Honeymoon», los que le daban fuerza, aire, gravedad y energía, estuvieran siendo detenidos ya por la mano, heroicamente enloquecida, del gran von Kruger.

—¡Hay que detener a ese hombre, Ronnie! —chilló ella, recuperando el valor y la serenidad—. ¡Nos va a lanzar al vacío, en

una muerte cierta y espantosa, precisamente al borde del triunfo!

Siguieron adelante. Encontraron muchos cadáveres azulándose, y otros, absorbidos casi en su totalidad por la voracidad del mal, vivo y latente. Probaron a llamar por los teléfonos interiores a von Kruger o a Johnson, pero nadie respondió. Parecían comunicar todos, como si las líneas estuvieran ocupadas. Se miraron con profundo terror. La victoria aún estaba lejos. Aquella *cosa*, vivas o lo que fuera, había obtenido el control de los teléfonos, como antes obtuviera el de las emisiones de radio a la Tierra.

—Von Kruger… von Kruger… —musitó Ronnie—. Él es nuestra única esperanza. Los microbios deben buscarle ahora desesperadamente también, para evitar su colectivo suicidio.

Siguieron su carrera alocada, sin encontrar a nadie apenas, únicamente Lionel Craig, demudado y sin control de sí mismo, apareció a todo correr en dirección opuesta a la de ellos. Balbuceaba cosas sin sentido, presa fácil del terror de la situación, y Gregory le tuvo que aferrar con fuerza por las solapas, pidiéndole que buscara un proyector de Rayos X, único medio de combatir a los microbios vivos.

Aturdido, como idiotizado, Craig musitó, con aplastante lógica:

—Sí, Gregory, pero a von Kruger ¿quién le combate para evitar esa locura?

Era bien cierto eso, y Ronnie le dejó, comprendiendo que perdía el tiempo a su lado. Kate y él siguieron adelante aquella desesperada carrera contra el tiempo, contra von Kruger y contra la epidemia azul llegada de otros mundos remotos y que tanto daño estaba causando.

Millones de virus debían de caer ante ellos, sin vida ni fuerza, a su paso. El silbido era ininterrumpido, prolongado, y nada les frenaba ni atacaba a ellos. El satélite tuvo otra enorme conmoción, cuando su inventor debió detener otro control de motores. El aire se enrarecía por momentos. Era posible que hubiese cortado el suministro de oxígeno, para evitar rebeliones contra su decisión de salvar a la Tierra y a otros planetas de la expansión del virus. Si él, Ronnie, pudiera hablarle, convencerle de que no se había perdido aún la lucha contra aquel mal inteligente y poderoso…

—¡Por aquí! —gritó de repente Ronnie, al ver una angosta escalerilla de caracol, hundiéndose en el techo superior de la nave

anular. Por allí subieron, en veloz carrera, ambos jóvenes. La lámpara de Rayos X ardía en su mano enguantada, pero no le importaban las posibles radiaciones que recibiera de ello. Todo antes que morir… vencido por unos seres vidriosos, y remotos, que se movían en el campo ultravioleta del espectro luminoso.

Encontraron un corredor tubular, de metal plastificado. Al fondo, una compuerta les llevó a la cabina de control de radio. Su operario yacía muerto en tierra, horriblemente azul. Y algo retenía firmes los mandos, evitando enviar mensajes a la Tierra. *Algo* que no era visible. Ronnie barrió con su lámpara los mandos, y éstos recuperaron su movilidad. Jamás hubiera podido imaginarse mayor y más sutil penetración de los virus.

Ronnie se sentó ante ellos, sintonizando la misma onda utilizada por von Kruger para sus manejos. Y gritó, ante el micrófono sintiendo su voz en los lejanos altavoces:

—¡Pronto, amigos del «Honeymoon»! ¡Os habla Ronald Gregory, vuestro camarada! ¡Tomad toda clase de proyectores de Rayos X y radiaciones similares en frecuencia e intensidad! ¡Es el arma contra los virus vivientes! ¡Atacad con Rayos X todos los rincones de la nave, y acabaremos con ellos, como yo estoy acabando! ¡Su invisibilidad a nuestros ojos no les libra de perecer bajo la radiación de los Rayos X! ¡Atacadles, que hemos vencido! ¡No importa los que podamos morir aún, si un solo hombre sobrevive a todos los demás! ¡Comunico lo ocurrido a la Tierra en este mismo momento! ¡Hermann von Kruger, escúcheme! ¡Detenga su heroica locura! ¡No es precisa! ¡Ataque también a los virus, devuelva la autonomía y fuerza al «Honeymoon», deje suelta la salida del oxígeno! Estamos venciendo… *¡Estamos venciendo…!*

Agotado, sonrió a Kate. Ella, conocedora de sus ideas, ya había conectado a la Tierra la longitud de onda. A estas horas, sus palabras de esperanza rabiosa, crispada y rebelde, llegarían al lejano planeta, a su viejo y querido mundo, advirtiéndole del peligro. Enviarían nuevos hombres, personal de repuesto, material y toda clase de útiles precisos.

Ronnie se irguió, repitiendo su mensaje. Casi le faltaba voz, estaba ronco y vencido por la emoción del objetivo alcanzado. Si von Kruger le oía, si creía en él…

Fueron momentos angustiosos de espera. No podían hacer otra

cosa que esperar. Esperar a que el sabio, encerrado en su torre de marfil, en su cabina hermética, que no abriría a nadie, y que estaría convertida en un océano de corpúsculos furiosos y sedientos de victoria sobre los humanos que se les rebelaban inesperadamente, reaccionara ante el aviso.

Kate y Ronnie se miraron larga y silenciosamente. No precisaron decirse nada. Sus labios no hablaron, porque ya lo hacían sus ojos. Las manos de ambos se unieron sobre el tablero de instrumentos de radio, aquella radio que fuera un día destinada a Dan Rowland, el amigo muerto en aras del avance humano a los espacios siderales.

—Kate… —murmuró Ronnie—. Volverás a Albany… estoy seguro de ello.

—¿Y qué me importa ya Albany? —sonrió ella, pálida pero serena, dueña de sí y de sus sentimientos—. Albany eres tú, es este satélite, es el sitio dondequiera que tú estés, amor mío…

Se besaron, con amor, con pasión, con fe en sus destinos y en su porvenir, dentro o fuera de aquel cuerpo enviado por los hombres a los límites del espacio terrestre. Como jamás podría hacerlo ser alguno de cualquier mundo remoto, fuese inteligente o no, porque el amor era una de las cosas que haría a los hombres superiores a los demás seres de frías estrellas perdidas en las galaxias lejanas e inalcanzables aún. El amor que Dios les enseñó a sentir y a mantener por encima de todo, incluso de la ciencia, el progreso y el afán de conquista noble y esforzada…

Una voz separó sus bocas, les hizo volver a la realidad, todavía cuajada de peligros y tensión. La voz familiar y autoritaria de von Kruger, a través de los altavoces:

—He oído tus palabras, Gregory. Que el Cielo te bendiga, hijo mío. Lucharemos, sí. El «Honeymoon» no se rinde aún…

* * *

Habían vencido.

Una dura victoria, a costa de graves e irreparables pérdidas. Treinta hombres de la tripulación muertos. Y a ellos, se unían Walker, Scott, el pobre Craig, Peter Johnson…

Los detectores ultravioletas instalados por Ronnie Gregory detectaron negativamente la presencia de nuevos virus. El satélite

entero estaba bañado por los Rayos X, de los que el personal se protegía en trajes especiales, previamente bañados también de radiaciones. De la Tierra, anunciaban el envío del «Pioneer», con destino a la Luna, portando equipos especiales y potentísimos de Rayos X, para limpiar de un modo definitivo el «Honeymoon», sin que quedara duda alguna de una peligrosa supervivencia.

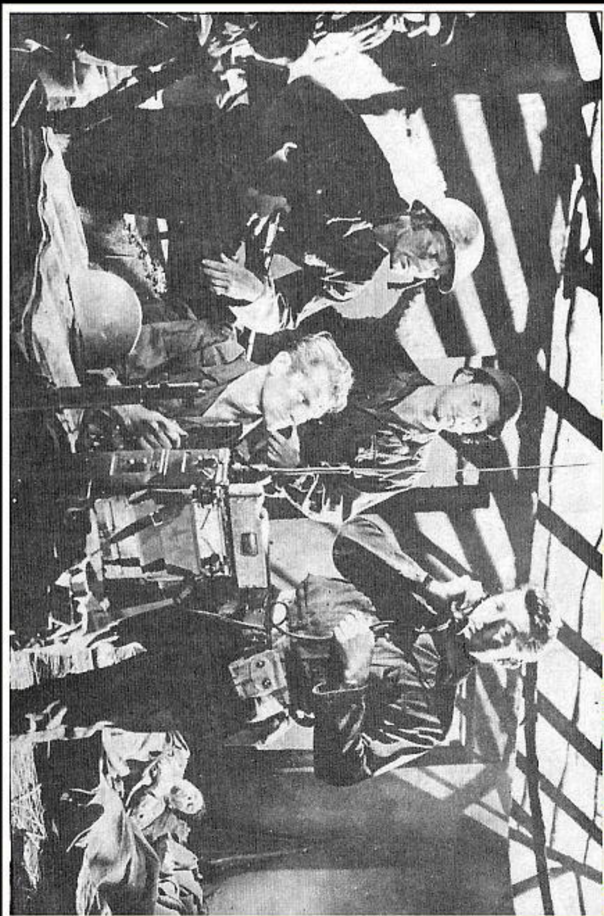
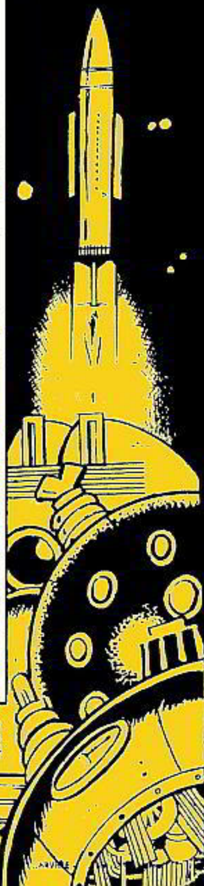
Los veintitantos supervivientes, con von Kruger, Ronald y Kate a la cabeza, se miraron entre sí, esperanzados, al llegar el mensaje terrestre. Después de todo, el precio había sido alto, pero, aquél era el triunfo del primer satélite artificial enviado por la raza humana al espacio, con hombres dentro de él.

Y era también el triunfo de los hombres que lo tripulaban, por encima de todos los avatares terribles vividos allí dentro.

El «Pioneer», fulgurante y plateado, salía ya de la Tierra. Destino: el «Honeymoon» primero, y luego la Luna. Después… ¿quién sabía dónde terminaba ese *después*?

—Además, hay quien piensa en cosas mucho más lejanas y poéticas que la misma Luna —sonrió von Kruger, viendo a Ronnie Gregory y a Kate Arden, alejarse cogidos de la mano, mirándose el uno al otro, sin ver otros astros que los reflejados en sus ojos…



Escena de la película COREA, HORA CERO, de RKO Radio Films

Precio en España: 6.- **ptas.** En Argentina: **4** pesos



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.